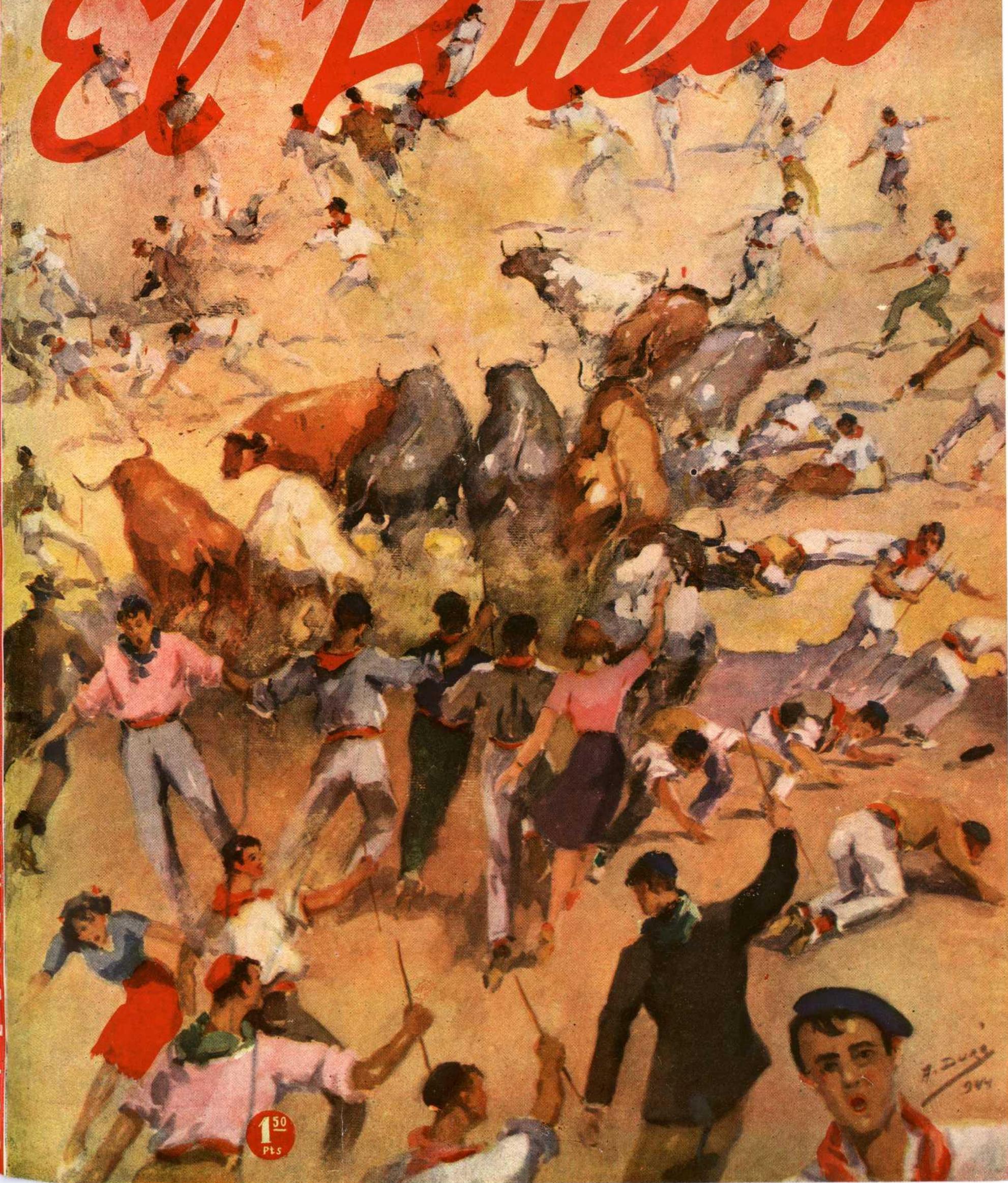
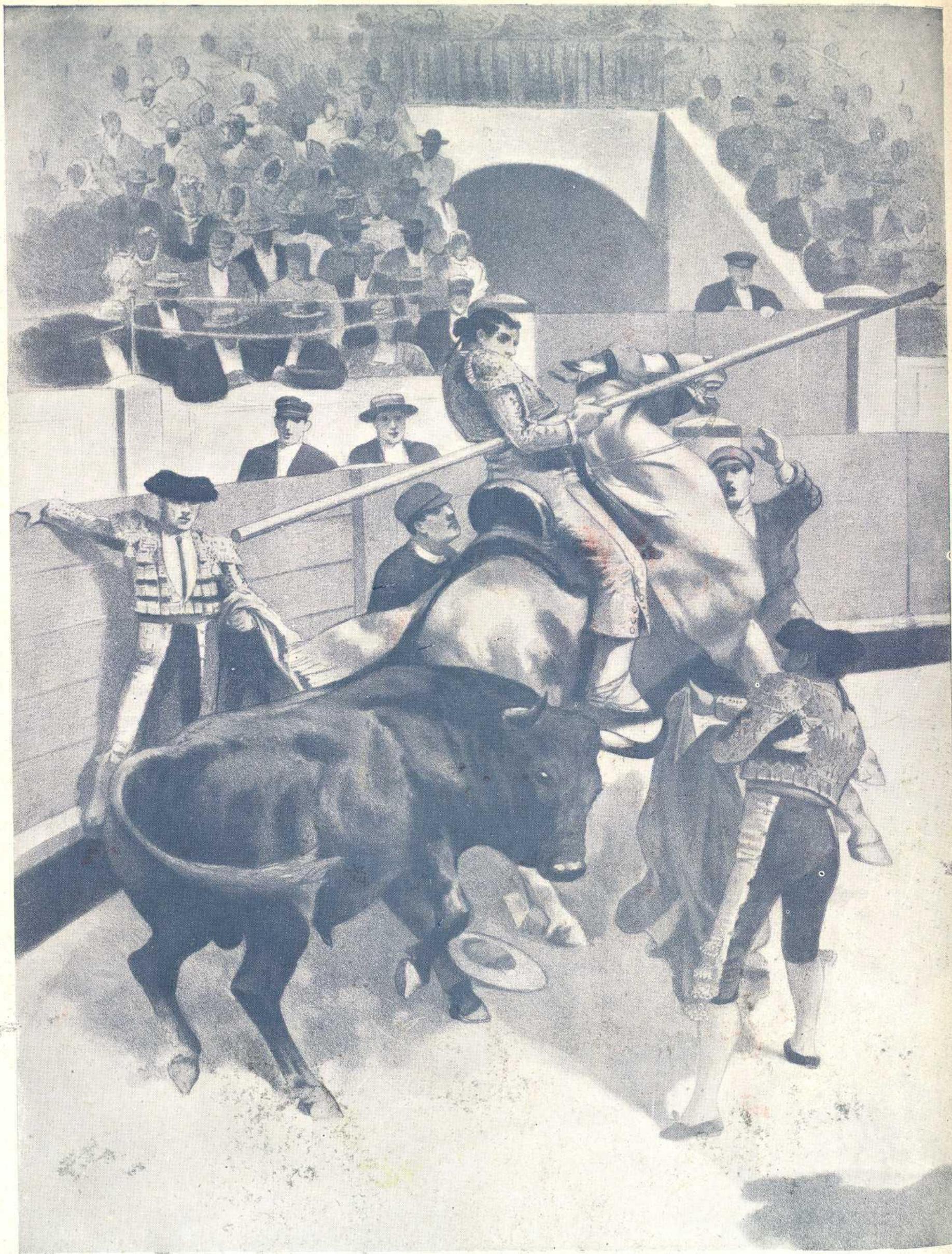


COMPLEMENTO JOURNAL OF SEMANAL DE MARCA

El Ruedo

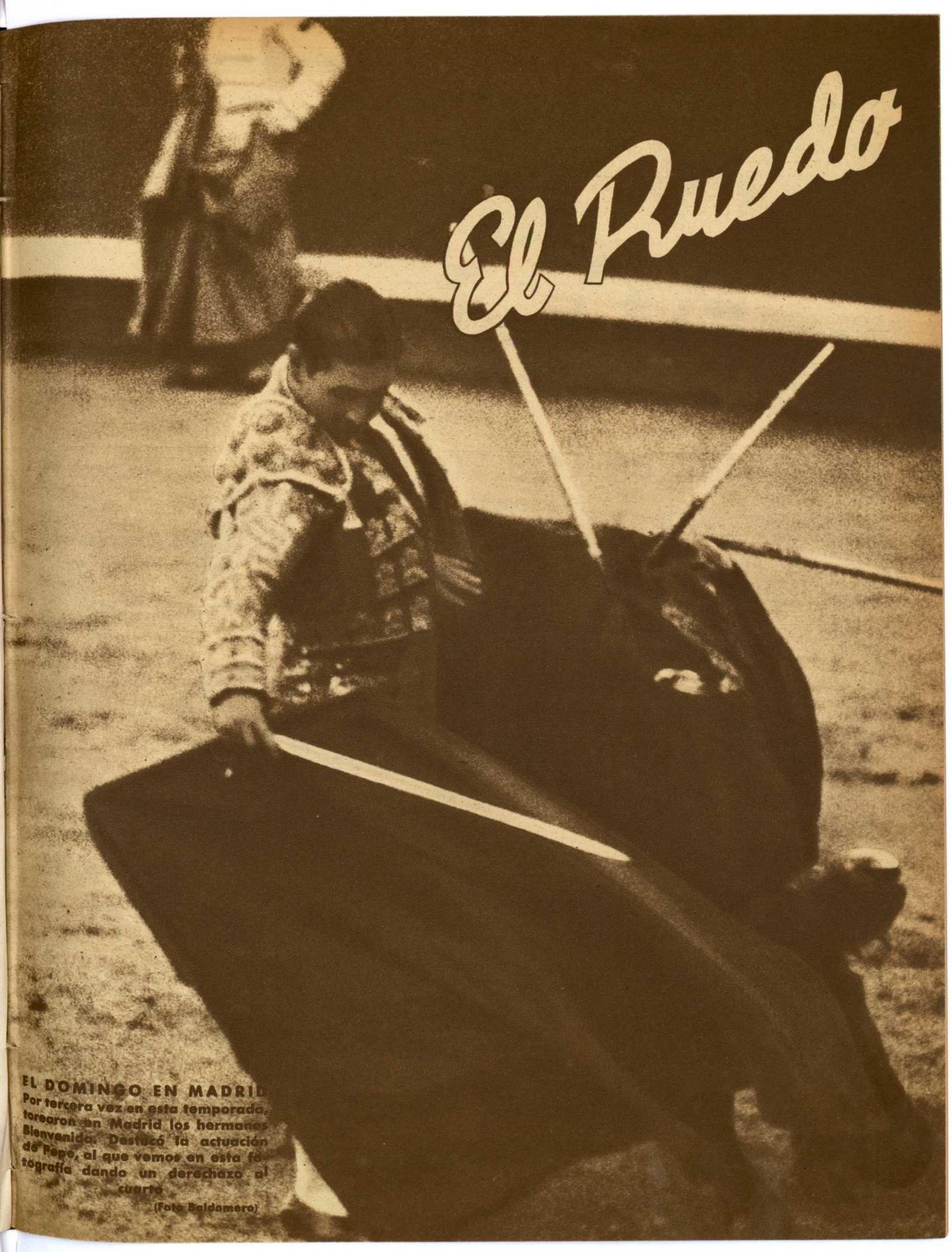


1⁵⁰
Pts



Después de un puyazo
(Dibujo de Perea.)

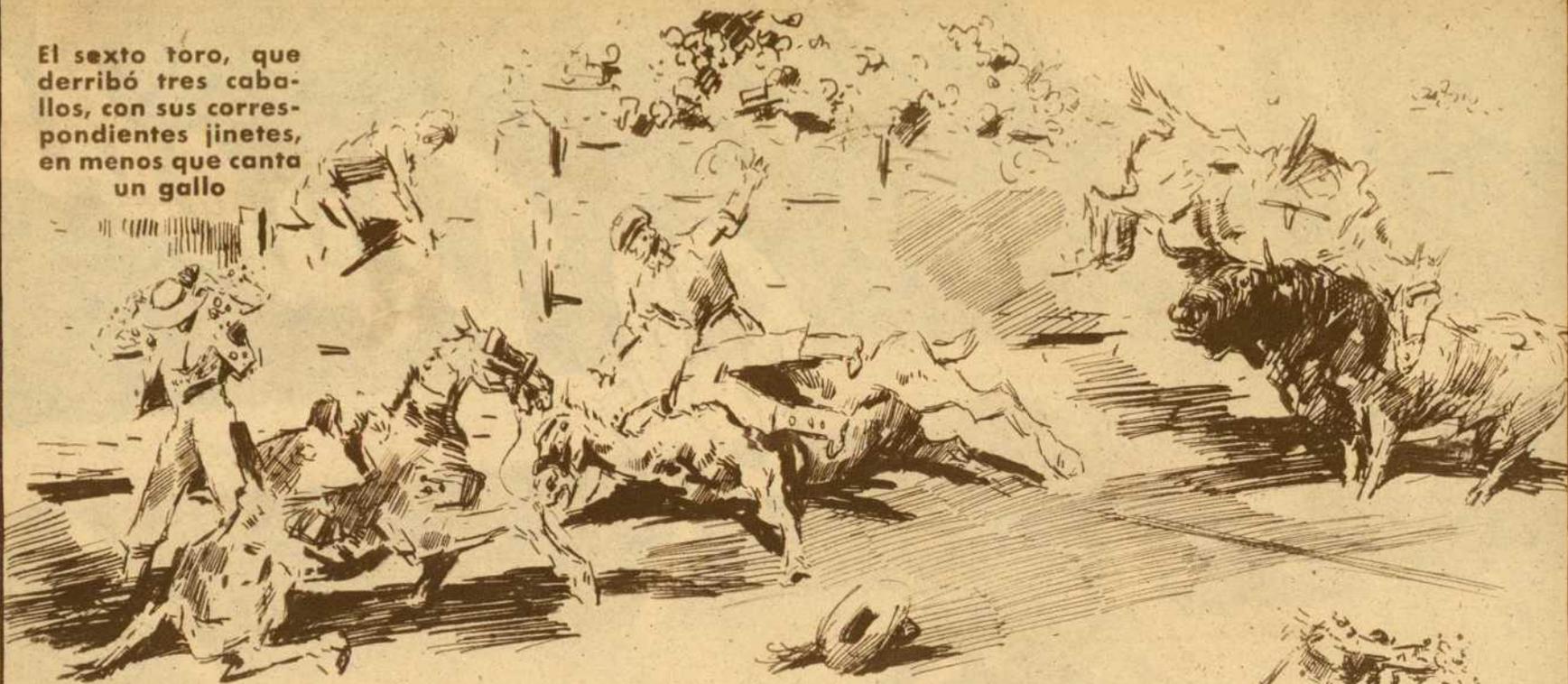
El Ruedo



EL DOMINGO EN MADRID
Por tercera vez en esta temporada,
torearon en Madrid los hermanos
Bienvenida. Destacó la actuación
de Pepe, al que vemos en esta fo-
tografía dando un derechazo al
cuarto

(Foto Baldomero)

El sexto toro, que derribó tres caballos, con sus correspondientes jinetes, en menos que canta un gallo



EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por Antonio Casero



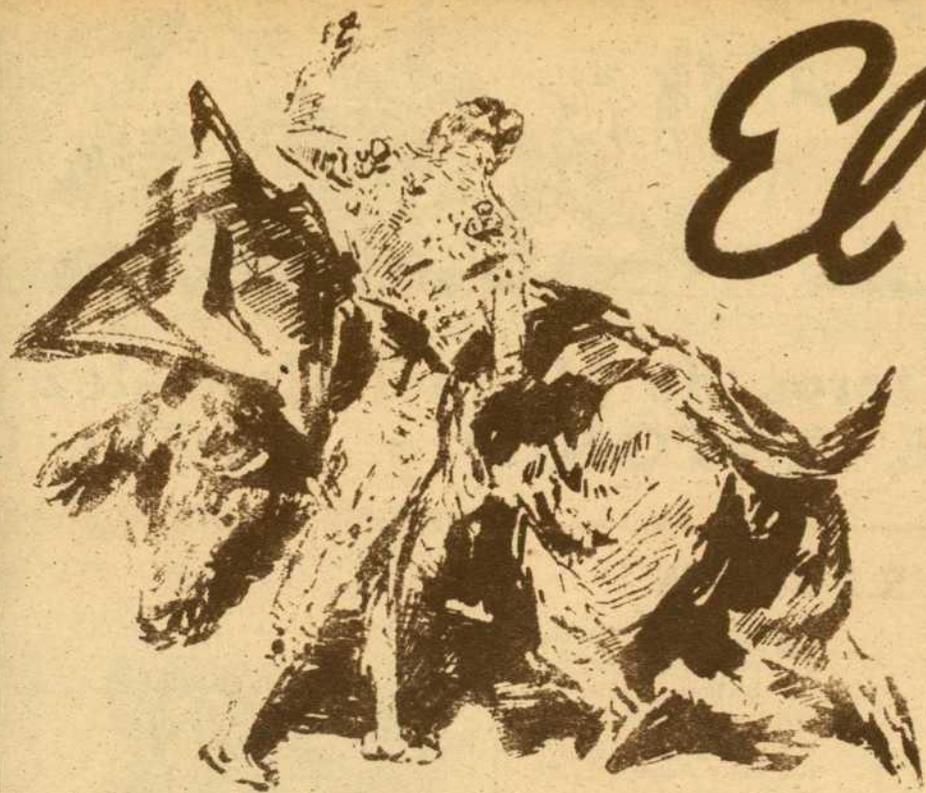
El maestro Pepe Bienvenida, preparando y colocando un gran par de banderillas



Angel Luis, iniciando la faena realizada con el último y...

Antonio Bienvenida tratando de hacerse con su segundo toro

ANTONIO CASERO



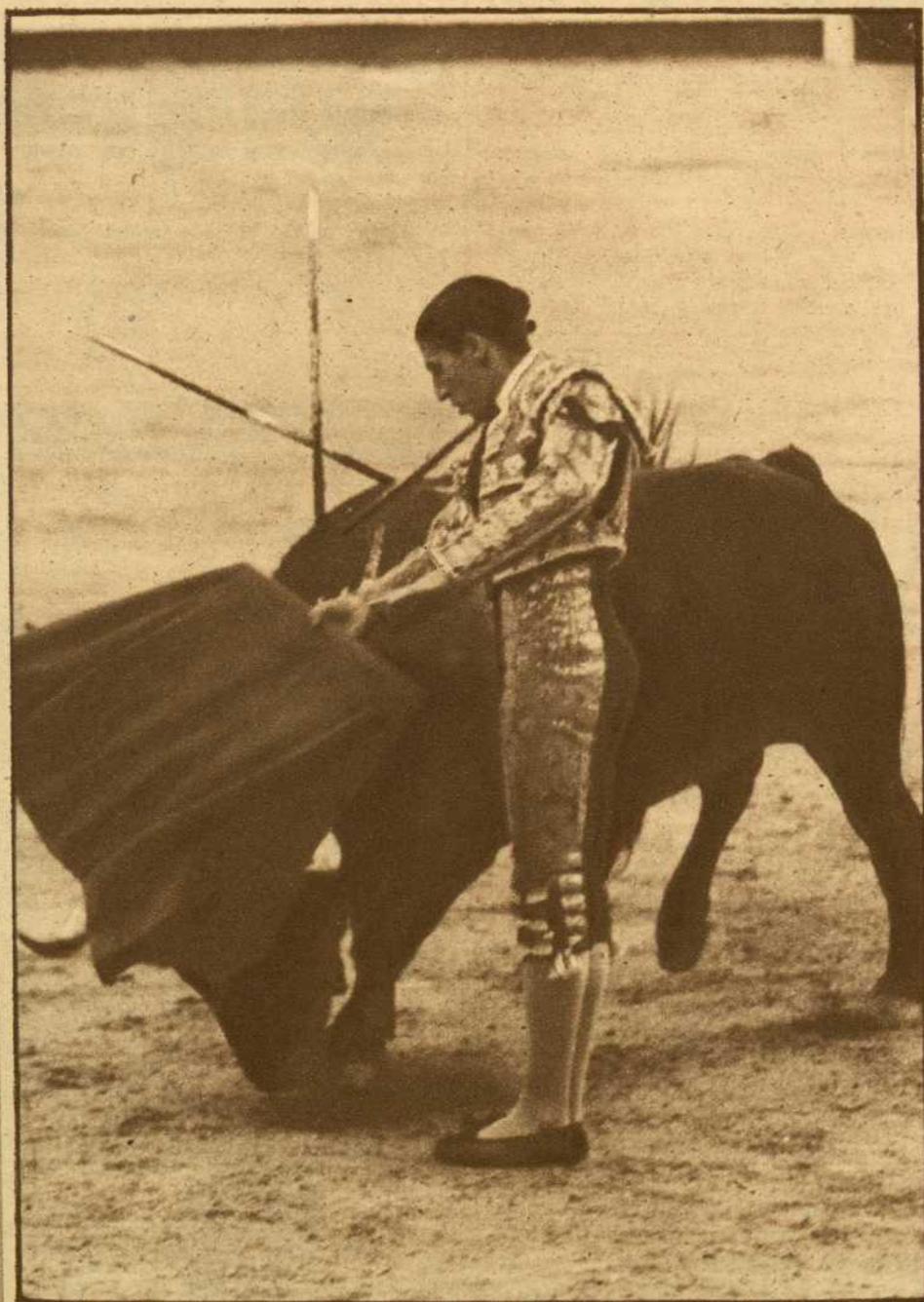
El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

Año I -- Madrid, 4 de julio de 1944 -- Núm. 4



EL DOMINGO, EN MADRID.—Angel Luis, en uno de los primeros muletazos que dió al sexto. (Foto Baldomero)



ESTE pregón va a ser un grito estentóreo ante la inminente celebración de nuestra corrida de la Asociación de la Prensa; pero es que creo honradamente que se puede lanzar muy a gusto y que a nadie sorprenderá que nuestras columnas se ufanen de ser su altavoz.

¿Qué importa ya al público madrileño el triste resultado de las dos últimas corridas de la Plaza de las Ventas? Pasado mañana no más, ese decepcionado público madrileño abarrotará la Plaza, lleno de esperanzas, gracias a los desvelos y trabajos realizados por la Directiva de la Asociación de la Prensa, para ofrecerle un espectáculo taurino que no tiene un solo fallo torero, porque todo está pensado y calculado con matemática ponderación para que sea eso: un espectáculo

torero. Y traduzcan ustedes *torero* por *emoción*, porque cuando más regusto torero hay en nuestra fiesta es, precisamente, cuando la emoción va creciendo, desde que el primer toro sale de chiqueros hasta que el último rueda sin puntilla, certeramente herido en todo lo alto. Entonces, rotos los nervios, estranguladas las gargantas y en suspenso el latido de los corazones, la fiesta ha alcanzado su máxima grandeza. Y el cartel es, sin duda, una garantía de todo esto.

Los tres toreros que alternarán para despachar los seis bien escogidos ejemplares de la justamente famosa ganadería salmantina de don Alipio Pérez T. Sánchez tienen unas características comunes: valor y estímulo. Y otras peculiares a cada uno, que podrían anunciarse así en los carteles: El Estudiante, o la voluntad; Belmonte, o el coraje, y Manolete, o el genio.

Quienes hayan visto a El Estudiante en sus dos últimas temporadas o, simplemente, leído las reseñas que dieron cuenta de sus actuaciones, se habrán dado cuenta de lo que puede ser humano tesoro de la voluntad. Tarde a tarde, con toros de una u otra casta y con toreros de uno u otro estilo, jamás se dejó ganar la partida por nadie.

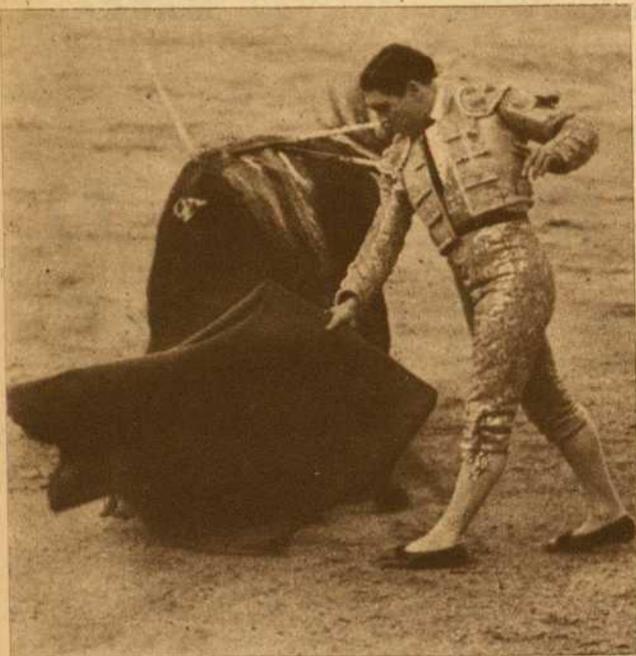
Desde que Juanito Belmonte confirmó su alternativa en Madrid, en una tarde inolvidable, en la que también la confirmó Manolete, con un éxito compartido por los dos con su común padrino, Marcial Lalanda, Madrid cree en él. Porque él suele triunfar en Madrid con su coraje, con ese coraje espectacular y dramático que el hijo de Terremoto derrocha para que los toros le embistan, también con coraje, mientras él dibuja, entre el alarido de la multitud, molinetes y faroles escalofriantes.

Manolete—es bien sabido—ha alcanzado cumbres inaccesibles. Ni bravos, ni mansos, ni tardos, ni sosos, resisten a la su gestión de su muleta. El cita a la muerte—donde nadie lo haría con la seguridad que él tiene de vencerla—, para burlarla con el valor que le da su genio o con el genio de su valor. Cada uno de los reparos que se le han hecho a este torero a lo largo de su brillante y triunfal carrera se han ido desvaneciendo con la fuerza incontrastable de los hechos. Quedaba una incógnita, discutida con la violencia y el apasionamiento con que se discuten los tópicos: ¿por qué no torea reses de ciertas ganaderías andaluzas? Y el último domingo, Manolete, en Barcelona, cortó las orejas de dos Miuras "mansos y descarados de pitones", que pesaron en canal, respectivamente, 256 y 309 kilos. Es decir, más de lo reglamentario en uno y el máximo en otro, de lo que se estima.

Además, los espectadores madrileños tienen esto bien visto y experimentado. Cuando no torea Manolete, cualquiera que sea el resultado del espectáculo, por andanadas, gradas y tendidos cunden constantemente frases así: "¡Si ese toro lo coge Manolete! ¡Qué lástima de toro para Manolete! ¡Por qué dicen que Manolete es caro?... Manolete, Manolete y Manolete..."

La corrida nuestra, la de La Prensa, es—al margen de catatráficos factores—la corrida de la emoción, y, por tanto, la más torera.

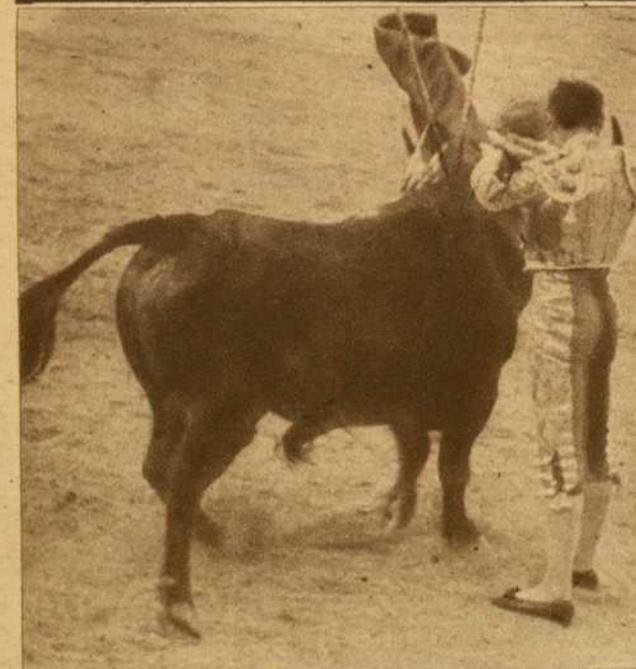
La corrida del domingo en MADRID



Un muletazo por bajo de Pepe al cuarto toro



Antonio veronícaando al quinto de la tarde



Angel Luis en un ayudado por alto al sexto

Seis toros de Manuel González para PEPE, ANTONIO y ANGEL LUIS

RESEÑA



PLAZA llena. Preside el señor Caruncho. Sopla bochorno fuerte. Se lidian seis toros de don Manuel González, por Pepe, Antonio y Angel Luis Bienvenida, que oyen oplauros en el paseo.

Primero. Negro. Pepe veroníca valientemente y remata con media. (Ovación). Cinco varas y un marronazo. Quié de Pepe que se ovaciona. Pepe toma los banderillas y clava tres grandes pares de frente. (Ovaciones). Comienza con un pase alto y dos por bajo. Sigue en redondo y tira hacia los medios. El toro está quedado. Sigue por ironas y remata en costadillo. Termina muy valiente de pitón a pitón y mata de una buena estocada. (Ovación, vuelta al ruedo y saludos.)

Segundo. Cárdeno. Antonio veroníca movido. Cinco varas y dos pares y medio. Comienza por bajo y saca el toro a los medios. Dos altos y un redondo molesto por el aire. Sigue desconfiado por medios pases y mata de media alargando el brazo.

Tercero. Negro. Es un bcerro y se le protesta con fuerza toda la lidia. Angel Luis lancea sin pena ni gloria. Tres varas y par y medio. Angel Luis muletea por alto y cae el toro por dos veces (Bronca). Acaba de media desprendida y hay pitos para todos.

Cuarto. Negro y terciado. Se le protesta por cojo. Pepe lancea movido. Tres varas y tres medios pares. Pepe muletea sobre la derecha en redondo con quietud y temple. Molinetes y adornos. (Oles y aplausos). Sigue por alto y con la derecha y mata de media en lo alto. (Ovación y saludos.)

Quinto. Negro. Antonio veroníca vulgar. Cuatro varas y un fallo. Dos pares y medio. Antonio comienza por bajo. Dos altos y un redondo. Se aflige y torea con precauciones por la cara. Mata de media echándose fuera y un descabello. (Pitos.)

Sexto. Cárdeno y cojo. Ante el griterío se le sustituye.

Sexto bis. De R. M. del Corral. Negro y grande. Siembra el pánico. Angel Luis veroníca movido. Derriba a todos los piqueros. Pepe, en una salida, larga tres verónicas y media enormes. (Gran ovación). Tres varas. Antonio veroníca y remata de rodillas. (Ovación). Los tres hermanos torea al alimón. Pepe y Angel Luis veronícan por dentro y Antonio vuelve el toro. Resulta complicado y se pasa de lucimiento. Toman los palos y Pepe corre el toro hacia sus hermanos. Antonio clava un par y medio Angel Luis que se aplauden, y más a Pepe, que cierra con un gran par de frente. Angel Luis comienza por dos altos buenos. Tres naturales y remate en molinete. Tres con la derecha y de costadillo. El diestro no remata los pases y se embarulla bastante. Mata de una estocada adeada.

Se ovaciona a Pepe al retirarse.

Peso de los toros: 471, 425, 412, 468 y 486 kilos, respectivamente.



Un derechazo de Pepe al cuarto bicho



Antonio en un gran par al sexto, y Pepe dispuesto a poner de nuevo en suerte al toro



Angel Luis toreando con la izquierda al tercero



Media verónica de rodillas de Antonio en el sexto

Juicio crítico

José Mejías y dos hermanos



Un muletazo de Angel Luis al sobrero, de Rogelio M. del Corral



El sexto, de la ganadería de González, volvió a los corrales. Esta escena se repite con alarmante frecuencia en el ruedo madrileño
Fotos Baldomero

Pepe y Angel Luis quitando un tiempo, y Antonio preparado para hacer volver al sexto



P. Bienvenida

La segunda corrida de don Manuel González dejó un poco al aire—al aire también que corría por la plaza—la tramoya del tercer festejo fraternal de la temporada. Se rebajaron muchos quillates de la primera, aquella que tuvo tan justa bravura para que luciera el buen toreo y para que el que más se acordase de unos toros que lo permitieron. Lo que entonces fué justeza colaboradora dió el domingo en escasez y en escurrumbre de tipo en tres toros al menos y escandalosamente en el tercero en lidia. Casi todos flojearon de remos también y salieron de las varas ahogados para la mu-

leta, suaves y sin mala intención por lo demás. Fué corrida sosa y blanda y que puso a los toreros en trance de falta de dificultades y falta de lucimiento. Fué, en definitiva, el ganado, ventarrón fuerte—junto con el bochorno de la tarde, duro a rates—, que hizo ver claras algunas cosas, lo fuerte, lo aleatorio y los fallos de la terna que podrá ser terna algunas veces, las menos, dúo en ocasiones; pero que la mayoría, por ahora, se quedará en lo que fué el domingo: en José Mejías y dos hermanos. Visto, señora Empresa, y a dislocar.

A José Mejías—lo dijimos en una ocasión desafortunada—lo tenemos por uno de los últimos toreros que puede borrar cualquier azar adverso para volverlo positivo y de suma en más o en menos cantidad. En estas corridas con sus hermanos está en él el cerebro y la columna vertebral de la responsabilidad familiar, que sobre él gira y él sostiene. Pepe, el domingo, se me aparecía ciego en su cuadratura chaparra, que abrió pórico y cerró en arco la tarde. Porque Pepe comenzó muy bien, veroniqueando con mazo valor al primero, de salida y en el quite, para clavar tres asombrosos pares de frente, en los que hasta su figura se estilizaba en el arte, en el ir paso a paso dejándose ver y en una ejecución de gran maestro, que dejó en lo alto del morrillo los seis palos. Pares de verdad absoluta. El toro se quedó—como todos—en la muleta, y ésta tuvo que jugar cerradísima en la cabeza, por alto, bajo y en redondo, de terelo a medios y de medios a tercio contrario hasta que cuadró para verse venir el ariad de Pepe encima y sentir que el estoque se enterraba en todo lo alto. El cuarto—menos toro—llevó una faena que fué contraria en su mérito y en su fácil seguridad todo el mal humor de la plaza. Se redujo a meterle en redondo



A. Bienvenida

seis o siete veces, a abrochar con mollones y tirarle sobre tablas para dejar media en todo lo alto también. Ya eran para él una vuelta al ruedo, ovaciones, saludos y aquello de llamarle José Mejías; pero aun quedaba el empujón que sacó levemente a flote a unos hermanos perdidos en el modo especial de sus enemigos, amodados a ellos resignadamente y no tan resignadamente en la paciencia de los tendidos.

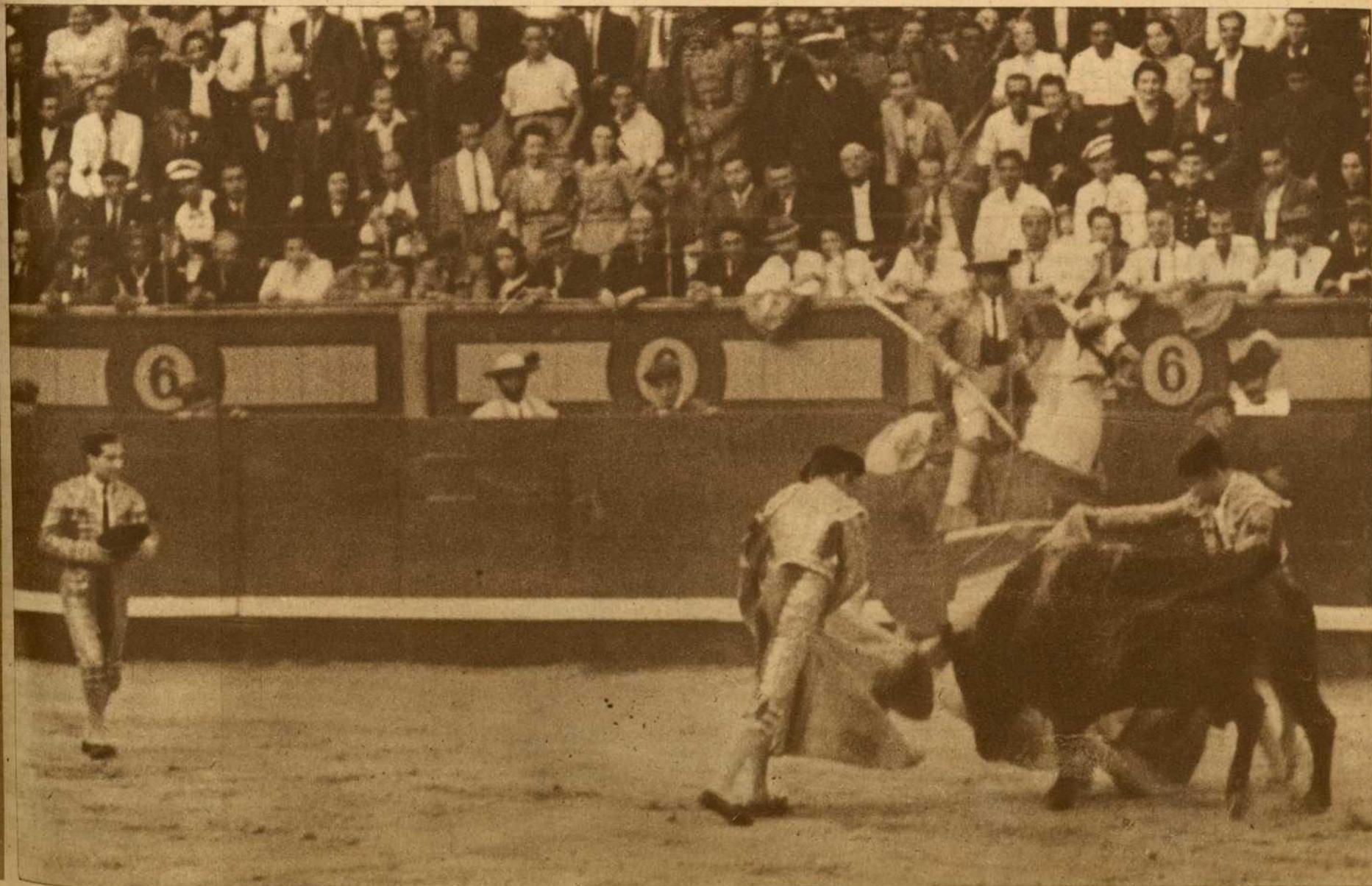
Fuó en el sexto toro, que cojeaba y se lo llevaron los mansos, para salir en su lugar un toro mayor, gacho del derecho, de la ganadería de don Rogelio M. del Corral. Salió fuerte, y salvo el peón que lo corrió, el pánico y el barullo se enseñorearon del ruedo, sembrado de piqueros por los suelos ante una embestida topona, pero tremenda de fuerza. Lo curioso era que, pese a tanto aparato, el bicho tomaba bien el engaño; pero el hermano menor andaba tan rebasado que ni cuenta se dió de ello. Pepe, perdón, José Mejías lo tomó de capa en una salida y le propinó tres verónicas enormes, escalofrantes, que cerró con media, liándose el toro a la faja. Ahí estaba el camino, y a la sombra de aquello, tan grande que llenó la plaza, se desentumecieron los otros, llevados de la mano casi en los quites, en uno sobre todo, que complicaron y barroquizaron el clásico allmón y quedo corto. Pero, sobre todo, en un tercio de palos en que el gran José Mejías metía al toro en suerte bajo las banderillas de los hermanos para cerrar con un soberano par propio. Luego, el tercero, no pudo con el toro en muleta, porque en eso, si no es al oído o el capote cerca y atento, no caben ayudas.



A. L. Bienvenida

José Mejías y dos hermanos. Uno de éstos, que me parece recordar que otros días se llamaba Antonio, anduvo ayer de segundo. El otro sigue siendo el tercero nada más. Anduvieron de trámite y mataron pronto y mal. Lo siento, señor Barico.

EL CACHETERO



Fotogramas del domingo en Madrid



Antonio, segundos antes de la corrida, en el patio de caballos



Los tres hermanos preparados para hacer el paseo



Pepe enciende un cigarrillo mientras llega la hora de ceñirse el capote



Va a comenzar el festejo. Muchas esperanzas y un poquito de preocupación



Lo único castizo que nos queda de la fiesta: la incómoda y alegre jardinera de los picadores

DESPUES DE LA CORRIDA Hablan los toreros



Pepe, con su mozo de espadas, elige los estoques

Con su proverbial llaneza, compañera en este caso de una modestia impar, el segundo de los hijos del señor Bienvenida nos conduce a un saloncito que hasta en sus menores detalles evidencia el buen gusto del joven matrimonio que lo habita.

Pepe, que acaba de trocar la ropa de faena por un holgado batín, y tiene aún la diestra mano teñida con la sangre de sus dos enemigos, condensa su juicio expositivo en estos términos:

—Me parecieron los toros sosos y apagados, muy ajenos a esos que vienen para engarzar una faena. Daban tres arrancadas aceptables y de nuevo volvían a tardar y a quedarse. Intenté torear en los medios, para ver si se crecían y poderles sacar todo el partido posible; pero allí estaba nuestro cordial enemigo, su majestad el señor Eolo, inseparable inquilino de la Plaza de las Ventas. En resumen: sin llegar a lo que me exige a mí mismo, especialmente cuando toreo en Madrid, no he salido del todo insatisfecho.

ANTONIO Y ANGEL LUIS

Esta vez podemos cumplir nuestro cometido sin que nos veamos interrumpidos por la cohorte de amigos pegajosos que, como los consabidos dípteros, no abandonan a sus ídolos... más que cuando les parece. Hoy quedaron los adictos, los destacados por su constante fidelidad.

Todavía en el pequeño oratorio—remanso acogedor, donde la madre y la hermana habrán pasado la tarde en fervida oración—brillan las luces. En un

apoyento cercano, el jefe de la dinastía departe con varios amigos, mientras la esposa atiende con maternal ternura a los dos hijos.

Antonio se viste con prisa de salir a la calle para despejar el ánimo de preocupaciones.

Y mientras se anuda la corbata, madurando las palabras antes de lanzarlas, dice escuetamente:

—No hubo la suerte que esperaba; por un lado, los toros, de los que no puedo decir que fueran malos del todo; y por otro el viento, se encargaron de que tuviera que limitarme a lidiarlos con brevedad. Y esto fué todo.

Tampoco Angel Luis pierde el tiempo, y mientras se calza, va diciendo:

—El primero que me tocó en suerte, por lo escurredo, cornidelantero y poquita cosa, a rajo las iras del respetable, y como en estos casos lo prudente es abreviar, procuré hacerlo sin dilación.

El cárdeno que devolvieron al corral, posiblemente no hubiera sido malo para la muleta. El de Pérez del Corral se congestionó de su encontronazo con un burladero, y por esta causa fué a menos; aproveché los cuatro o seis muletazos que tenía, menos de lo que hubiera querido para complacer a un público el que tan obligado estoy y del que tanto me preocupó su fallo inapelable.

F. MENDO



Horas antes de la corrida, Angel Luis y Antonio contemplan un trofeo taurino

(Fotos Marqués)

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE

El caballo "del alguacillillo" "está de acuerdo" con el primer toro y no deja que el jinete entregue la llave. El alguacil tiene que "repetir la suerte".



...
Cuando Pepe Bienvenida torea por verónicas, imita las ondas del remolino, y en sus escalofriantes molinetas se envuelve en la muleta como un caracol en la espiral de su concha.

...
Hay un picador que con la puya le quita la divisa al toro, igual que si actuara en una carrera de cintas.

...
Cuando el espada da la vuelta al ruedo con el capote arrastrando, parece que le sigue un gran perrazo fiel.

...
Esa preparación morosa y recreada de Pepe con las banderillas nos hace saborear la suerte y paladearla descompuesta en todos sus elementos, como en la cámara de cine con movimiento retardado.

...
El matador, con la muleta extendida, se separa del burladero igual que se desgajara con un trozo de barrera, con un gran pedazo de madera colorada.

...
"¡En vez de estoque, deberías llevar un biberón!", le gritan a Angel Luis, por el microscópico tamaño de su primer becerro.

...
Y es que hay toros "bebé" para corridas "bebé".

...
Sale el camión regador con sus cuernos de agua.

...
Con esos pitos metálicos, la plaza se llena de árbitros de fútbol.

...
Donde las dan, las toman: Uno de los de a caballo, que pica en una costilla, se pega la gran costalada. Y le duele la misma vértebra que al "bicho".

...
Hay un pájaro que vuela atontado, y es como un objeto arrojado desde un tendido que no quisiera caer al ruedo.

...
De Antofito no podemos decir nada porque, como no se estuvo quieto...

...
Sin sombrero no habríamos visto corrida. Sembró el espano en los caballos y la alegría en el público.

...
Los tres hermanos beben en el mismo vaso... pero luego no hacen lo mismo en el ruedo.

...
Un espectador resume en cinco palabras: "¡Pepe, sí; sus hermanitos, no!"

...
Hay señores que salen de la plaza con el cigarro puro apenas gastado. O lo han estado ahorrando o el habano tenía un tamaño descomunal.

...
Por muy de prisa que ganemos la puerta, ya hay espectadores que no han tomado la delantera en el tranvía o en el autobús.

...
Se ofrece un premio al que pueda decir: "¡Yo salí el primero!"



El Ruedo



En Bilbao corta una oreja

LUIS MIGUEL DOMINGUÍN

PEPIN MARTIN VAZQUEZ y AGUADO

DE CASTRO alternaron con él



Luis Miguel Dominguín



Pepin Martín Vázquez



Aguado de Castro

Sexto.—Cabecita más de la cuenta, y Aguado lo torea con precaución. Luego quita por chicuelinas. Dos varas Luis Miguel da dos faros de rodillas que se aplauden. Tres para. Aguado comienza la faena por bajo y sufre dos desarmes seguidos. Toda después al matón; pero no se luce por las condiciones del bicho. Tirando de los leños deja media caída, descabellando al segundo golpe.

Peso de los novillos: 201, 208, 201, 195, 217 y 195 kilos, respectivamente.

Torerito, Millet y Almensilla, en Sevilla

SEVILLA 2 (Mencheta).—Novillos de Arroz para Torerito de Triana, que dió la vuelta al ruedo en el primero y estuvo mal en el cuarto; Millet, que oyó palmas en el segundo y dió la vuelta al ruedo en el quinto y Almensilla, que estuvo desafortunado.

MACHAQUITO cortó una oreja en Torrelavega

TORRELAVEGA 2 (Mencheta)

—Con media entrada se celebró una corrida de novillos, presidida por el alcalde, en la que se lidiaron reses de don Andrés Ramos, de Salamanca.

Primero.—Cumple en varas, mansurroneando. Fuentes, bien en quites. Tres pares. Se encuentra un novillo manso y avisado, pero torea valiente y habilidoso. (Palmas y música). Dos pinchazos buenos y una estocada superior. (Ovación y vuelta.)

Segundo.—También manso. Cumple acosado. Minuto banderillea valiente y se le ovaciona. Muletea cerca y dominador y mata de un pinchazo, estocada delantera y el descabello. (Ovación y vuelta.)

Tercero.—Igualmente manso. Cumple a fuerza de echarle encima las cabalgaduras. Machaquito hace faena laboriosa, sin perder la cara. Un pinchazo bueno y una estocada. (Ovación.)

Cuarto.—También tardea, por lo que se fogueado. Fuentes torea por la cara, salvando con valentía las tarascadas. Estocada delantera, entrando bien. (Ovación.)

Quinto.—Abierto de pitones. Cumple en varas. Minuto

PACO LARA sacado en hombros en Murcia



Paco Lara

NIÑO DEL BARRIO II cortó una oreja

MURCIA 2 (Mencheta).—Se celebró una novillada, lidiándose reses de Concha y

Sierra, bien presentadas y bravas, excepto las lidiadas en quinto y sexto lugares, que ofrecieron dificultad.

Buena entrada en la sombra y floja en el sol.

Preside el comisario segundo jefe de Policía, señor Caballero, asesorado por el ex banderillero Martínez, y asiste el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento.

Al hacer el paseillo las cuadrillas se ovaciona al Niño del Barrio II, novillero de la tierra, que actúa por primera vez con caballos.

Primero.—Paco Lara es aplaudido en verónicas. Tres varas y dos pares y medio. Lara brinda al público y hace una faena va-

liente a los sonos de la música, con pases de todas marcas que se le ovacionan, y mata de un pinchazo bueno y una estocada superior. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Segundo.—Alejandro Montani instrumenta unos lances adornados. Dos varas y un refilonazo y dos pares y medio. Lucha con las dificultades del toro, que está quedado. Faena breve, media delantera, un pinchazo y el descabello al segundo golpe.

Tercero.—Niño del Barrio II es ovacionado en cuatro verónicas y media superiores. Cuatro varas y se aplaude en quites a los matadores. Tres pares de banderillas. Niño del Barrio brinda al público y hace una faena valerosa y artística, sobresaliendo dos pases por alto y molinetes. (Oles, ovación y música.)

Finiquita de un pinchazo y una estocada muy buena que mata. (Ovación, oreja, vuelta a hombros y salida a los medios.)

Cuarto.—Tuerto del izquierdo. Lara veroniqué, siendo aplaudido. Cuatro varas, destacando un quite oportunísimo de Lara en una caída al descubierto, de gran riesgo. Dos pares y medio. Lara, muy decidido, comienza valiente con rodillazos, y sigue voluntarioso, para matar de un pinchazo, media buena y el descabello. (Ovación, vuelta y saludos.)

Quinto.—Sale mansurroneando y dando tarascadas. Tres varas y un par y dos medios. Montani trastea con brevedad y se deshace del enemigo de media buena, descabellando al tercer golpe. (Algunas protestas.)

Sexto.—Acusa cierta manse dumbre y derrota mucho. Dos refilonazos, tres varas y tres pares de banderillas.

Niño del Barrio II muletea inteligente, muy cerca y mata de una estocada que hace innecesaria la puntilla. (Ovación, vuelta y salida a los medios.)

Paco Lara es sacado en hombros.

El peso de los novillos en canal fué el siguiente: 207, 206, 239, 246, 220 y 182 kilos, respectivamente. (Información gráfica en la pág. 10)

BILBAO 2 (Mencheta).—En la Plaza de Toros de Vista Alegre se han lidiado reses de Samuel Hermoso, para Luis Miguel Dominguín, Pepin Martín Vázquez y Aguado de Castro.

Presidió don Cándido Corral's, asesorado por el ex novillero Rey Conde. En varios pases tomaron asiento los jugadores del Atlético de Bilbao, que fueron ovacionados.

Primero.—Luis Miguel se estaca en unos lances que se aplauden. En el primer quite toria muy bien de frente por detrás. También Vázquez se luce. Con tres varas pasa el novillo a banderillas. Coge los pases Dominguín y coloca primero medio y después dos pares al quiebro, dejando llegar muy bien al novillo. (Aplausos.) Brinda al público, y comienza con un rodillazo valiente. Sigue por pinchazos sobrios y después, a los acordes de la música, realiza una gran faena con pases de todas las marcas, principalmente naturales, de los que da varios estupendos. Se precipita a la hora de matar y se firma un metisaca, seguido de un pinchazo delantero y el descabello. (Gran ovación, y cuando daba la vuelta al anillo, unos silbidos se hicieron de sentir. Al novillo se dió la vuelta al ruedo.)

Segundo.—Piquito, como el anterior. Pepin torea muy bien con el capote y se luce en el primer quite. Con dos varas se cambia el toro. Vázquez coloca un par al quiebro habilidoso, y luego otros al sajo, después de mucha preparación. Un subalterno cierra el tercio. Brinda Pepin al público e inicia su faena con un ayudado por

Chiquito de la Audiencia. El público protesta por la debilidad del bicho al cual, sin tomar una vara, pasa a banderillas. Dos pares. A la segunda pasada con la muleta, Aguado sale alcanzado aparatosamente, sin consecuencias. El doctor, confiadísimo, a dos dedos de los pitones toria al natural entre aplausos pero como el bicho se cansa, se tira a matar y da un pinchazo, terminando con una entera en lo alto. (Ovación.)

Cuarto.—Luis Miguel lo separa frente a los toriles y le da una larga cambiada, de rodillas, formidable. Una vez en pie, y en el centro del ruedo, instrumenta varias verónicas, colosales por su suavidad y por cargar la suerte. (Ovación.) Banderilla el maestro y clava medio par al cuarto y dos al quiebro buenos. Brinda a los jugadores del Atlético y comienza con dos ayudados por alto, a los que siguen varios naturales torisimos. (La banda toca el "Alirón".) Al tratar de dar un pase de pecho resulta cogido aparatosamente; pero se agarra a los cuernos y no pasa nada. Se coronajina, y tora de rodillas valentísimo. Atacando con gallinas deja una entera, luego media contraria y descabilla al tercer golpe. (Gran ovación, oreja, vuelta y saludos.)

Quinto.—Pepin para con unos lances buenos. Una vara, y a la salida Pepin se pone de rodillas y resulta empujado. Dos para. Pepin hace una faena más eficaz que brillante. Un pinchazo, otro una corta delantera y el descabello. (Palmas.) (Información gráfica en la pág. 8.)

Cogida de PACO MOYA en Almería

ALMERIA 2 (Mencheta).—Se lidiaron cuatro novillos de Frías por Alvarito Moya y Luis Redondo, con buen tiempo y lleno absoluto.

Preside un agente de Policía y asesoras el matador de toros Relampaguito.

Moya resultó cogido en su segundo, padeciendo conmoción cerebral, que le impidió continuar la lidia.

En su primero escuchó un aviso.

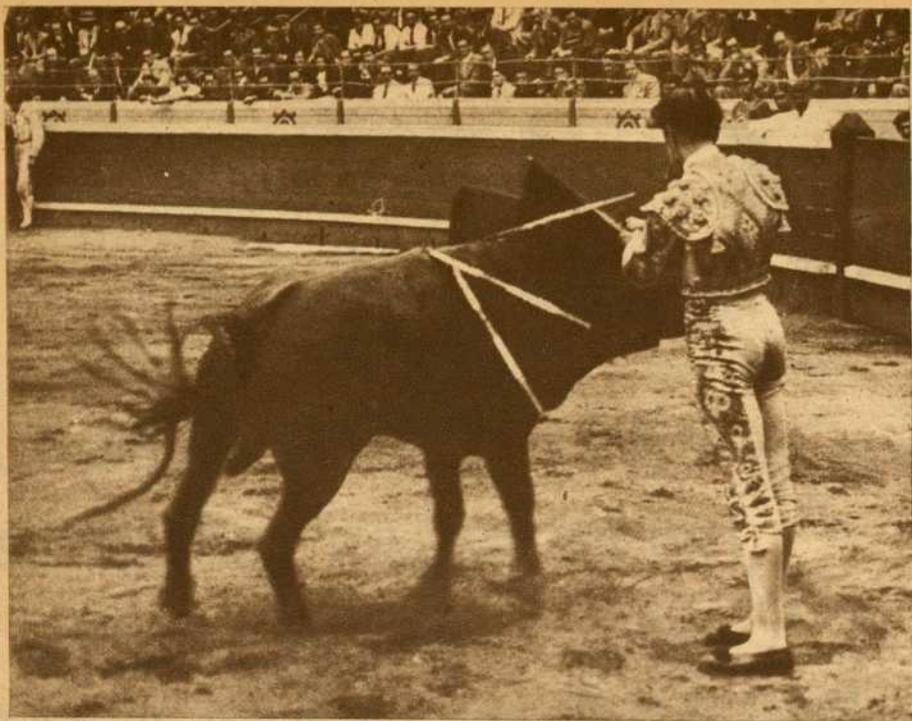
Redondo superior en el primero, del que se le concedieron las dos orejas y el rabo.

En el que mató en sustitución de Moya, también se le concedió la oreja, y en el último fué ovacionado.

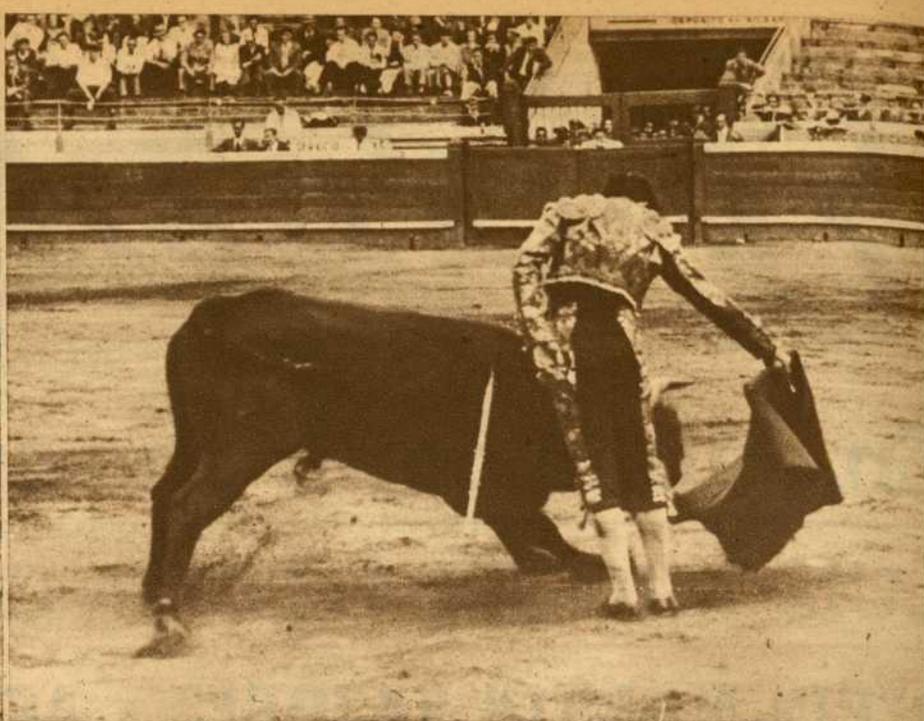
Peso de los novillos en canal: 143,500, 134,500, 150 y 166 kilos, respectivamente.



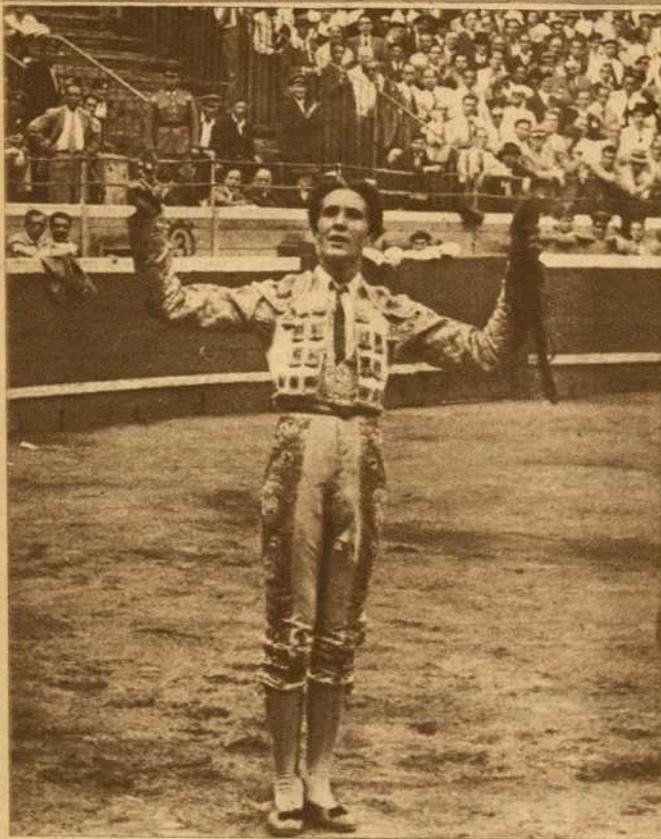
Machaquito



Luis Miguel Dominguín iniciando un pase por alto en el toro que obtuvo un clamoroso triunfo



Pepín Martín Vázquez en un buen muletazo con la derecha, en la corrida de Bilbao



El pequeño de los Dominguines mostrando al público los trofeos cortados en el toro con que triunfó, después de realizar una gran faena

EL DOMINGO, EN BILBAO

Seis novillos de Samuel Hermanos

para

LUIS MIGUEL

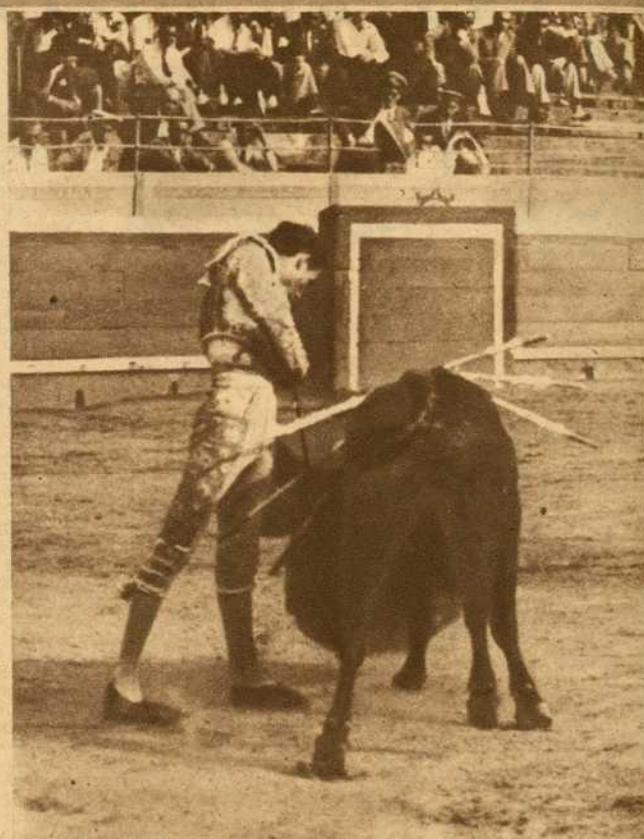
DOMINGUIN,

PEPIN MARTIN

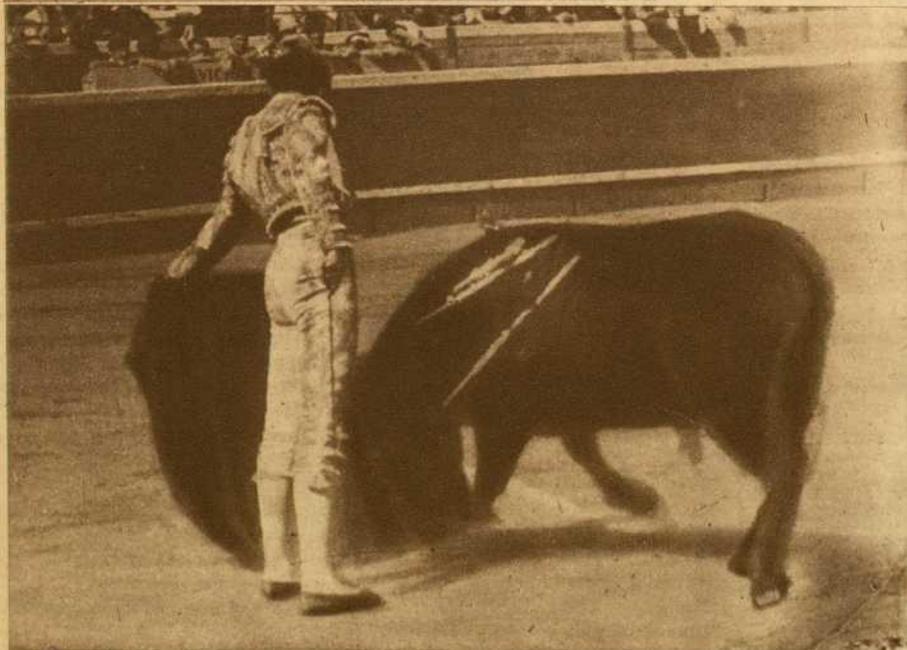
VAZQUEZ

y

AGUADO DE CASTRO



Aguado de Castro torea al natural con la izquierda en la Plaza de Bilbao, alternando con Dominguín y Martín Vázquez



Luis Miguel Dominguín templando con la izquierda en un natural con que empezó su faena



Aguado de Castro, en el último toro de la corrida de Bilbao, con la muleta en la izquierda, inicia un pase (Fotos Elorza.)

EL DOMINGO, EN SEVILLA

SEIS NOVILLOS
DE ARRANZ

PARA

Torerito de Triana

MILLET Y

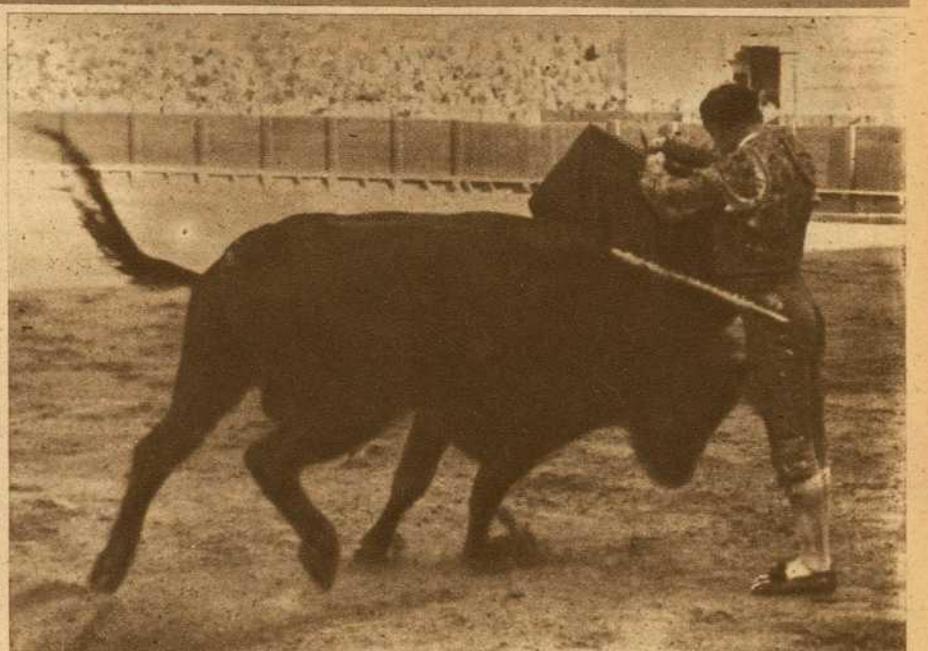
ALMENSILLA



Torerito de Triana, Millet y Almensilla antes de hacer el paseillo



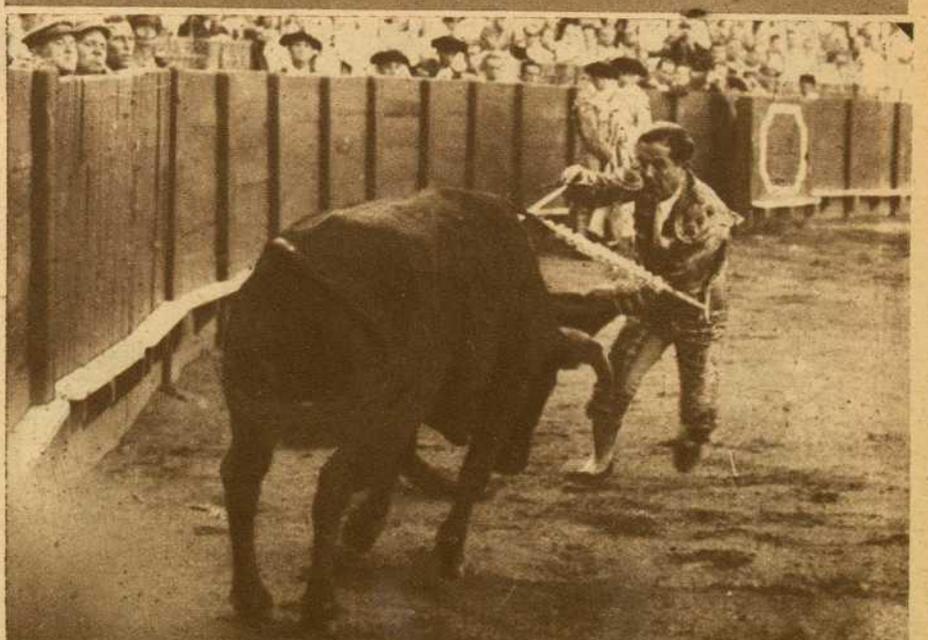
Almensilla toreado a la verónica a su primer novillo



Millet en un ayudado por alto a su segundo



Almensilla en el quite a su segundo novillo

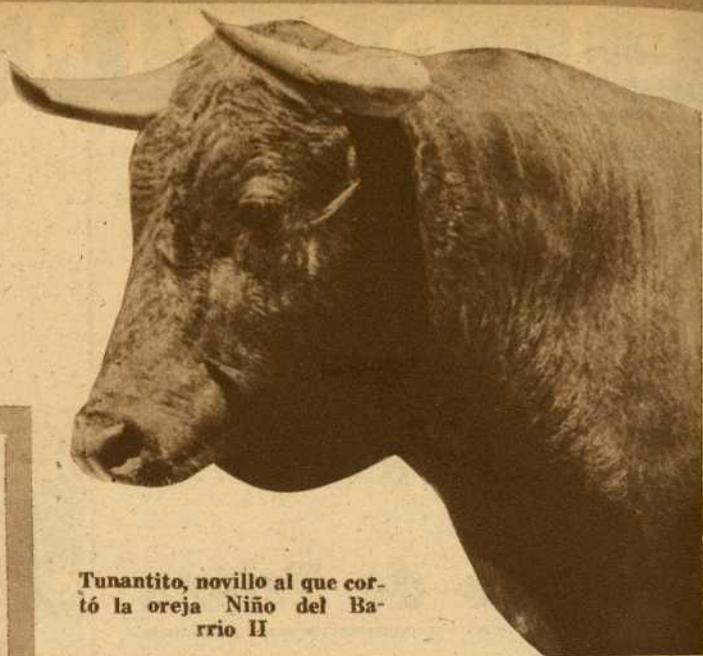


Torerito de Triana entrando a matar (Fotos Serrano.)

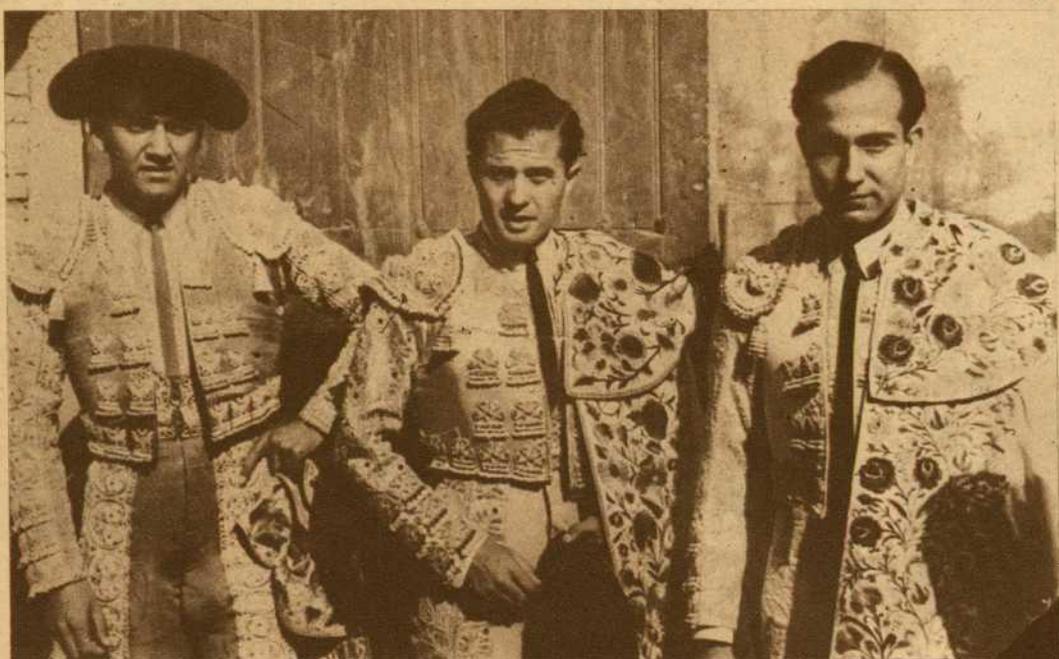
El domingo, en Murcia

Seis novillos de Concha y Sierra

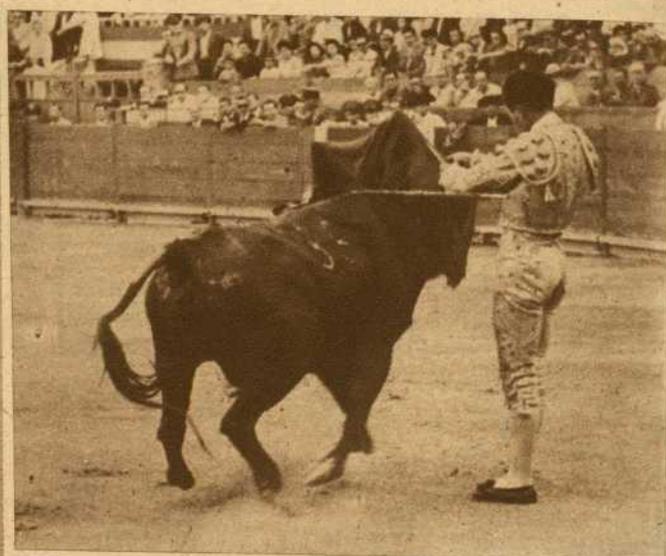
**ALEJANDRO MONTANI, PACO LARA
Y NIÑO DEL BARRIO II**



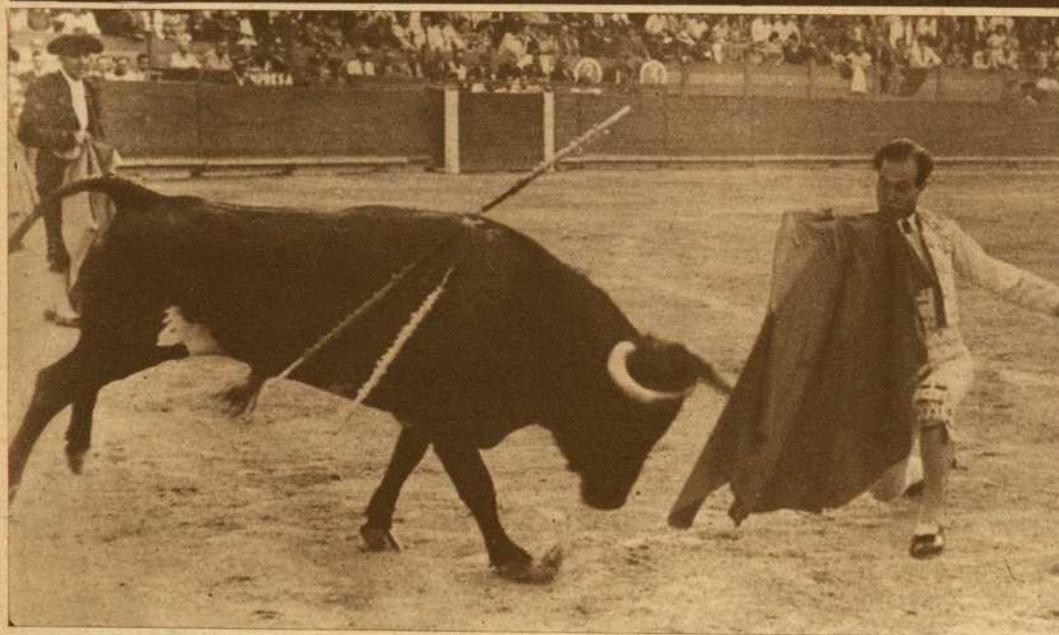
Tunantito, novillo al que cortó la oreja Niño del Barrio II



Montani, Paco Lara y Niño del Barrio II, momentos antes de empezar la corrida



Paco Lara en un pase por alto



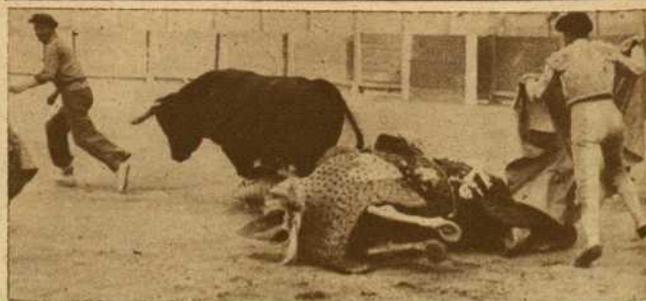
El Niño del Barrio en un pase de rodillas a su primero



Una caída aparatosa de picador y caballo



El peruano Alejandro Montani, toreando a la verónica en el quite al tercer Concha y Sierra de la corrida celebrada en Murcia en la tarde del domingo, en la que alternó con Paco Lara y Niño del Barrio II



A la salida de un quite, el novillo persigue a un monosabio, mientras Lara acude a llevarse el bicho

(Fotos López.)

CARTEL DE BARCELONA

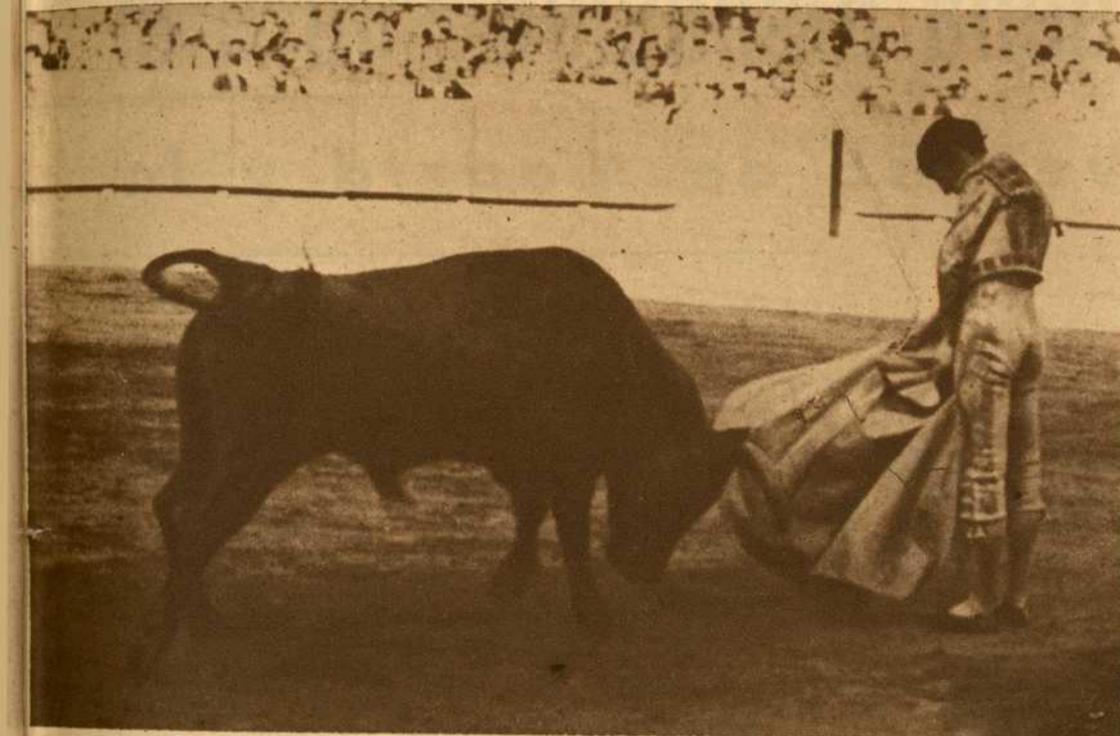
Toros de MIURA

Ortega-Manolete-El Andaluz

Dos novillos de rejones para
SIMAO DE VEIGA



Las cuadrillas formadas para salir a la Plaza



Manolete toreando a la verónica



Ortega en un pase

BARCELONA 2.—Fallaron cuatro de los seis toros de Miura, así como también los dos de rejones. La materia prima no respondió. No hubo mucho entusiasmo por Simao da Veiga, que trajo sus formidables facas de siempre; pero no pudo borrar el sabor campesino que nos dejó don Alvaro Domínguez con su color a Andalucía. Sobró un toro de rejones, y por eso la fiesta se hizo un tanto pasada.

Los miuras ya no son los miuras que se empeñan en anunciar los carteles como terroríficos. Sólo nos queda la trágica leyenda de "son miuras", pero ahora lo son de los hijos, no de don Eduardo.

Hubo de todo en el lote. Uno ideal, el primero; otro francamente bueno, el segundo; el resto fué bajando ostensiblemente, hasta llegar a la mansedumbre. Ninguno de ellos tiró un mal derrote con aviesa intención.

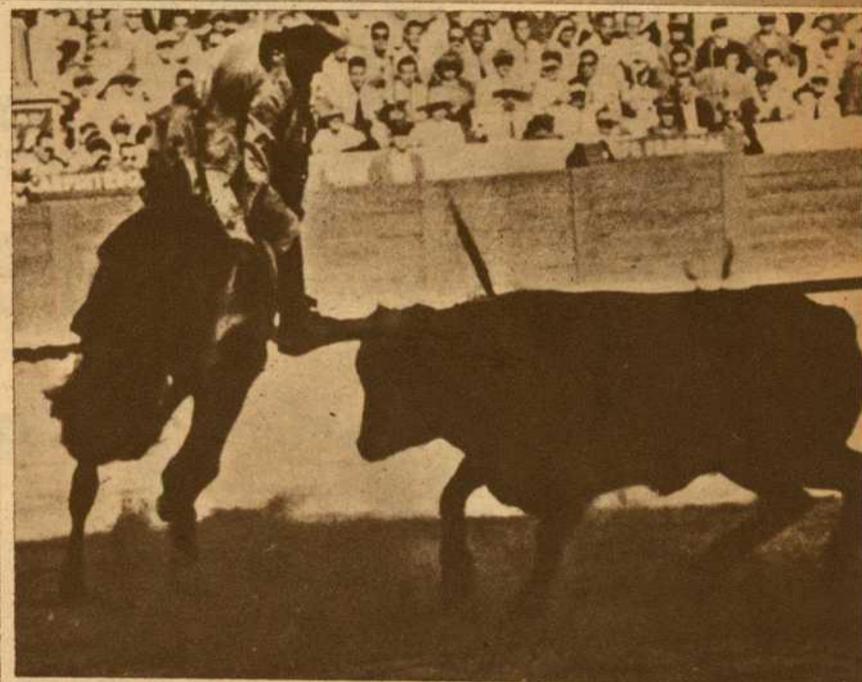
Y de presentación, también hubo de todo: regular en carnes y en cornamenta. Así, pues, que nadie se extrañe y se haga cruces de que Manolete no se haya quedado por el camino, pretextando un accidente de automóvil, porque los toritos le hicieran mal de ojo. Se les podía haber cogido por la cepa uno por uno.

Tarde completa para los tres matadores. Ortega estuvo muy bien en su primero. A nuestro gusto, estuvo mejor en el segundo; pero la gente no lo vio así, y se abstuvo de pedir la oreja, que hubiera sido justamente concedida.

Ya no es posible que, a estas alturas, que ramos descubrir a don Domingo Ortega, y con decir que estuvo muy bien, que cortó una oreja y que mereció otra, queda dicho todo.

Otro tanto podemos decir de Manolete, que no se superó con relación a recientes actuaciones en la misma arena, porque esto no es posible, pero que se mostró con evidente gran voluntad. Cortó dos orejas. La primera, con el visto bueno general; la segunda, no, dando lugar a muchas protestas. El pasado martes cambió su toro, por tener que salir en el expreso. Lo despachó con brevedad, y el público lo tomó a mal y lo exteriorizó discretamente. Manolete se enfrentó con el público, rotándole con la mirada. Y esta tarde, al chillarle una imprudente minoría la segunda oreja, la pasó por todo el anillo, la guardó para volverla a mostrar en su salida a los medios, agitando la despreciativamente. Estás equivocado, a nuestro juicio, don Manuel Rodríguez... Puedes con los toros; con el público, a la larga, no.

Y vamos con el que falta, con El Andaluz, metido en medio del apasionante Ortega-Manolete. Pues no le ganaron la partida. El fué quien le dió palmetazos a las figuras, cortando el único rabo de la tarde en una faena digna de ser esculpida por Benlliure. En su segundo estuvo muy bien y muy valiente, despachándolo en forma muy digna; pero no mereció el corte de oreja ni aun la vuelta al ruedo.—SUBIRAN.



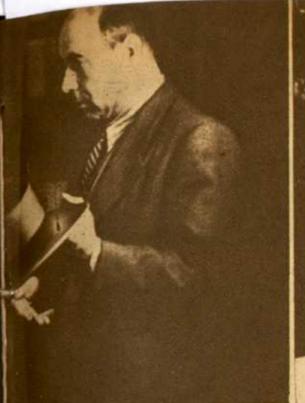
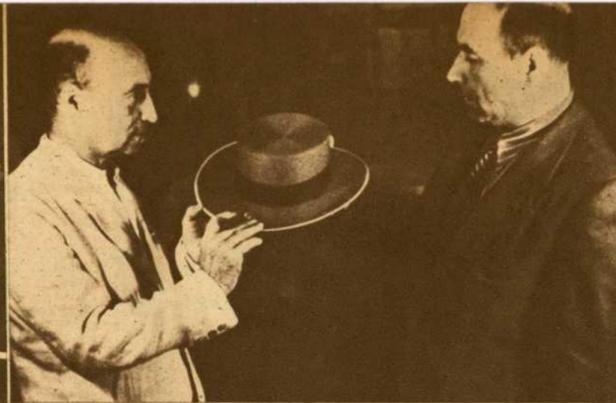
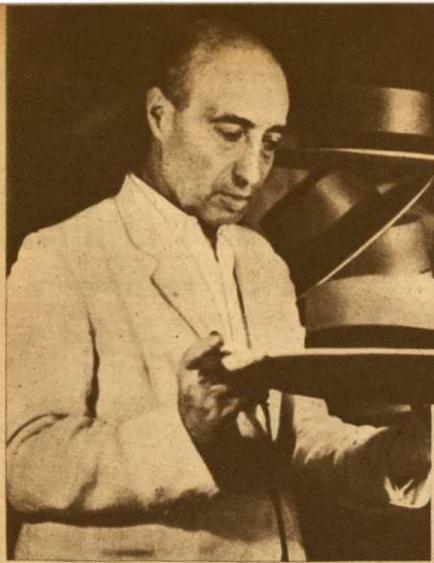
Simao da Veiga juega con el toro después de haber clavado un par de banderillas



Ortega en un ayudado por alto a su primero

Andaluz rematando un quite. (Fotos Valls.)





LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS DE LA VIDA TORERA DE RAFAEL EL GALLO

Pequeña discusión sobre el nacimiento de "El divino calvo"

La verdad de Madrid y la verdad de Pozuelo de Alarcón



IV

Un hombre que huele a sevillano.

Como yo no he seguido nunca las cosas de los toreros con esa metódica afición a lo estadístico y a lo biográfico que tan dados son los aficionados de pura cepa, nunca me había preocupado de saber dónde era con exactitud Rafael el Gallo. Porque, ¿de dónde iba a ser el torero de la gracia y de la más pura esencia sevillana sino de la tierra de María Santísima y de la Giralda? Del mismo modo que el Gallo me aseguraba que su apellido era así porque así tenía que ser, porque nació Gallito por las mismas razones que se nace moreno, yo había pensado durante mucho tiempo que Rafael tenía que ser de Sevilla. Pues, ¿de dónde iba a ser este hombre que ha olido siempre a sevillano juncal desde un kilómetro?

El día en que me aseguraron—hace ya algunos años—que había nacido en Madrid, me quedé muy extrañado. Era algo que jamás había entrado en mis cálculos. ¿El Gallo de Madrid? Me sonaba la cosa a disparate muy grande. Luego me explicaron que se lo llevaron a Sevilla cuando era muy pequeño, y sólo así pudieron convencerme. El nacimiento, después de todo, puede ser también un accidente geográfico.

Pozuelo de Alarcón a la vista.

—Yo nací en Madrid, en la calle de la Greda, número dieciséis para más de talles, y para que se le olvide a usted eso de Pozuelo.

Lo de Pozuelo, naturalmente, no lo he inventado yo, aunque cuando me lo dijeron me quedé helado. Hay personas que aseguran haberlo visto nacer allí. Y que dan toda clase de pelos y señales. Pero Rafael no admite esta teoría ni en broma. Yo me atrevo a decir que tampoco. Los demás, que crean lo que quieran. Y no es que yo considere que el pequeño y simpático pueblecito es poca cuna para torero tan grande, sino porque hay que atenerse a la verdad oficial. Es posible que haya otra verdad; pero en todo caso se trata de una verdad sin documentación, sin más pruebas que las verbales de unos vecinos que aseguran que... que ellos vieron que... que ellos saben que...

De todos modos, si el Gallo nació en Pozuelo fué por equivocación. De esto sí que no puede haber ninguna duda.

Nada menos que don Francisco Arjona Herrera.

Papeles cantan. La partida de nacimiento de Rafael Gómez Ortega no se encuentra en el Registro de Pozuelo de Alarcón. ¿Se ha perdido, o es que no ha existido nunca allí? Probablemente, esto último; ¡pero vaya usted a saber!

—¿Y por qué no ha de haber podido nacer usted en Pozuelo, Rafael?

—Porque no. Estar sí que he estado alguna vez, porque mis padres iban mucho. Pero no se cansa. Yo he nacido en Madrid, y de dos años me trajeron a Sevilla. Esa es la fija. Lo que pasa es que a Pozuelo me llevaron mis padres para que me curara una afección que tenía a la vista. Nací, como le he dicho, en la calle que se llamaba entonces de la Greda, y que hoy se llama de los Madrazo. Y para que se entere usted bien, fui bautizado en la parroquia de San Sebastián, donde también lo están aquellos gran cantante que fué la Patti y don Francisco Herrera Arjona. ¡Nada menos!

Cúcharas debió de ser un tío muy grande.

¡Nada menos! Y yo, en la higuera.

—¿Don Francisco Arjona? La verdad, no me suena.

—Bueno, amigo; se ve a la legua que usted, en cuestiones taurinas, es un incipiente.

—Francamente, no me he distinguido nunca en estos asuntos, y si voy a escribir sobre usted es precisamente por esto, porque creen que yo hablaré de usted libre de toda clase de influencias, antecedentes, consiguientes y demás.

—Buen parrasito me ha colocado usted, tocayo! Pero, ¿de verdad no sabe usted quién fué don Francisco Arjona Herrera?

—Con la mano puesta sobre el corazón y por la salud de «undivés», para que vea que me quiero poner en ambiente, le garantizo a usted que no.

—Bueno; pues no lo diga en sus escritos porque sus lectores se van a tronchar de risa. Don Francisco Arjona Herrera, mi antecesor en el uso de la pila, era Curro Cúcharas. Ahora diga usted «¡azúcar!»

Obedeci sin vacilar: ¡Azúcar!

—A Cúcharas le pasaba lo que a mí. Se le tuvo siempre por sevillano porque en Sevilla se crió desde que era así de chiquitín. Sin embargo, era madrileño de nacimiento. Cúcharas fué un torero muy discutido porque su estilo no encajaba en la escuela romañola ni en la sevillana. Pero debió de ser un tío muy grande, porque en veintiocho años de profesión no tuvo ni un solo percance.

—A usted también dicen que le han tocado poco los toros.

—Pues he tenido, graves, ocho cornadas. A mí los toros me cogían de tarde, pero cuando lo hacían me calaban bien. ¡Cúcharas sí que fué grande en eso!

—¿Cómo grande? Fué maravilloso. Seguramente un caso único.

—Y que lo diga usted. Cuando se iba para la Plaza, creo que les decía a la familia o a los amigos: «Ahora vuelvo.» Y volvía tan campante. No falló ni una vez.

Para más datos, preguntad en la parroquia.

Pero yo no quería que se me fuera tan pronto del bonito tema de su llegada a este mundo. Y por eso insistí:

—¿Cómo se explica usted lo de Pozuelo?

—Eso no tiene más explicación que las temporadas que allí pasaban mis padres, invitados por el que era empresario de la Plaza de Toros de Madrid, don Rafael Menéndez de la Vega, que tenía en Pozuelo una casa y algunas posesiones, y que, como yo creo haber comentado con usted, era gran amigo de mi padre. Don Rafael fué mi padrino.

En efecto; en los archivos de la parroquia de San Sebastián está a disposición del curioso que quiera verla y convencerse así de que esta casa es muy seria y no se engaña a nadie, la partida de nacimiento de Rafael el Gallo. Libro 97, folio 102. Nacido el 17 de julio de 1882, hijo legítimo de don Fernando Gómez García, natural de Sevilla, y de doña Gabriela Ortega Ortiz, natural de Cádiz. Bautizado el 2 de agosto de 1882. Abuelos paternos, Antonio y Francisca. Abuelos maternos, Enrique y Carlota. Padrinos, el citado don Rafael Menéndez de la Vega y doña Emilia Díaz del Castillo. Nombre del ministro, Bernardino Quejido. Luego, en unas «Notas», se deja constancia de la fecha en que el Gallo contrajo matrimonio.

¿Lo que le inventan a uno!

Nacido, pues, un 17 de julio, lo bautizaron el 2 de agosto siguiente. Y estos días transcurridos entre una y otra fecha podrían servir, tal vez, de alguna base a la versión «pozuelera». Por ello le dije:

—Todo eso está muy bien, Rafael. Pero el caso es que en Pozuelo no lo explican así.

—¿Qué dicen aquellas buenas gentes?

—Hay una señora ya anciana que asegura que le vió a usted nacer. Que sus padres no tenían entonces más que dos chiquillos que estaban allí de temporada en casa del señor Menéndez de la Vega.

—Pamplinas. Si eso fuera cierto, estaría inscrito allí.

—Eso mismo pensé yo cuando me lo dijeron. Pero resulta que esa señora, que se llama Luisa Salgado y vive ahora en Madrid, dice que ni le inscribieron ni le bautizaron allí porque a la mañana siguiente lo trasladaron a Madrid en un coche de caballos.

—En un coche de caballos habría tenido que ser, porque entonces aun no se había inventado el automóvil. Siga usted con su cuento.

—Ella misma estaba al lado de su madre de usted, la señora Gabriela, cuando ésta, que se encontraba sentada a la puerta de la casa, se puso repentinamente enferma y la tal Luisa la ayudó a que entrara.

—No está mal traído ese folletín. ¡Si se entera Luis del Val a tiempo, la que organiza!

—El hecho es, querido Rafael, que en Pozuelo parecen estar tan convencidos.

—Mejor para ellos.

—Si se le pregunta a cualquiera de allí dónde está la casa en que nació usted, se la indican sin vacilar. Es la casa en que hoy habita el señor cura.

—¿Si que se ve que están enterados! Esa casa será la de don Rafael Menéndez, donde mi familia iba muchas veces. Por ahí debe de venir el lio. Pero que yo nací en Madrid, a eso no le dé más vueltas porque vamos a acabar por marearnos.

—¿Y si fuera verdad?...

—¡Hombre, eso no admite ni discusión! ¡Si lo sabré yo!

—Pero, ¿usted ya tenía noticias de esto?

—Sí. Leí una cosa en un periódico y me hizo gracia. ¡Mira que yo de Pozuelo! ¡Las cosas que se les ocurren a ustedes!

—¿A mí? ¡Si yo no me he metido nunca en nada!

—Es que también me han dicho que una vez que pasó usted por Pozuelo, porque iba de caza o algo así, salió a la conversación lo de su supuesto nacimiento en el pueblo, y entonces usted exclamó: «¡Si eso fuera verdad, ¡qué grande sería, Pozuelo!»

—¡Camará! ¡Lo que le inventan a uno! Y el caso es que no estuvo del todo mal el autor de la ocurrencia de esa frase. Tiene salero y algo de miga.

—Pero, ¿es de usted o no?

—¡Vaya usted a saber! A veces, está uno con ganas de broma y si dicen que lo dije, a lo mejor es que lo dije por gastar una chanza. Ahora, que yo me acuerdo. A veces, tengo una memoria fatal.

Y ahora escojan ustedes entre la verdad de Madrid y la verdad de Pozuelo.

Sobre este asunto, ni una palabra por nuestra parte. El Gallo se abismó en uno de sus frecuentes silencios mientras se tomaba el café número no sé cuántos de aquel día. El cigarrillo rubio, por unos instantes, sustituía, como siempre, al puro acostado sobre la caja de cerillos...

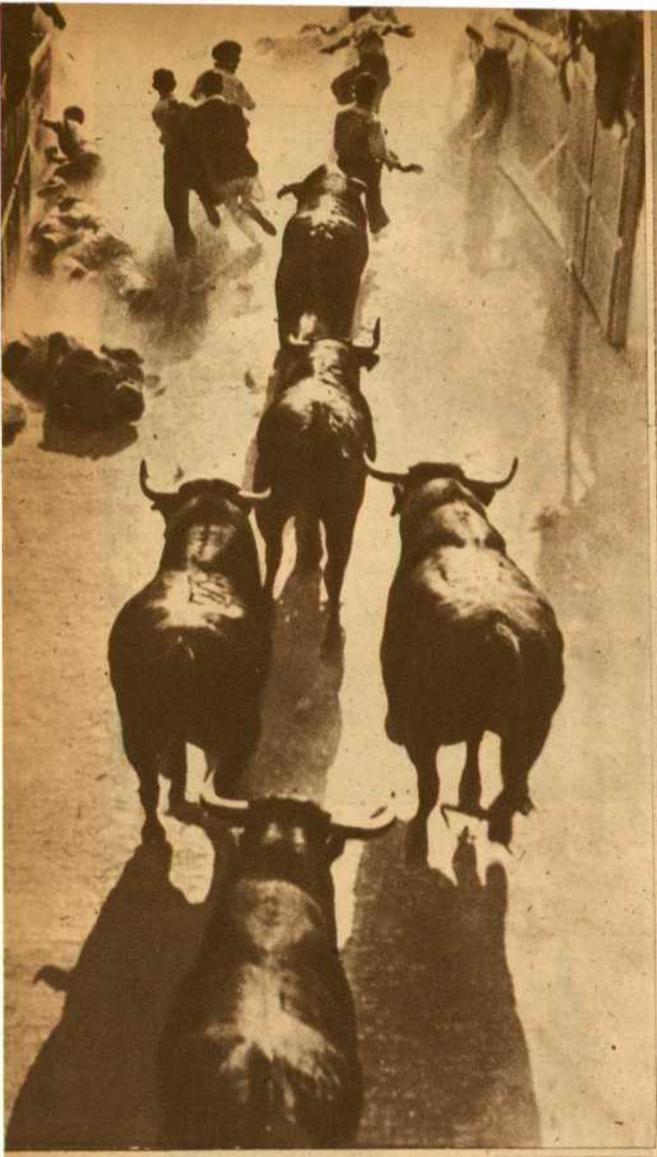
RAFAEL MARTINEZ GANDIA



LA ALEGRE TORADA DE PAMPLONA

...¡7 DE JULIO, SAN FERMIN...!

Por CURRO GUILLEN



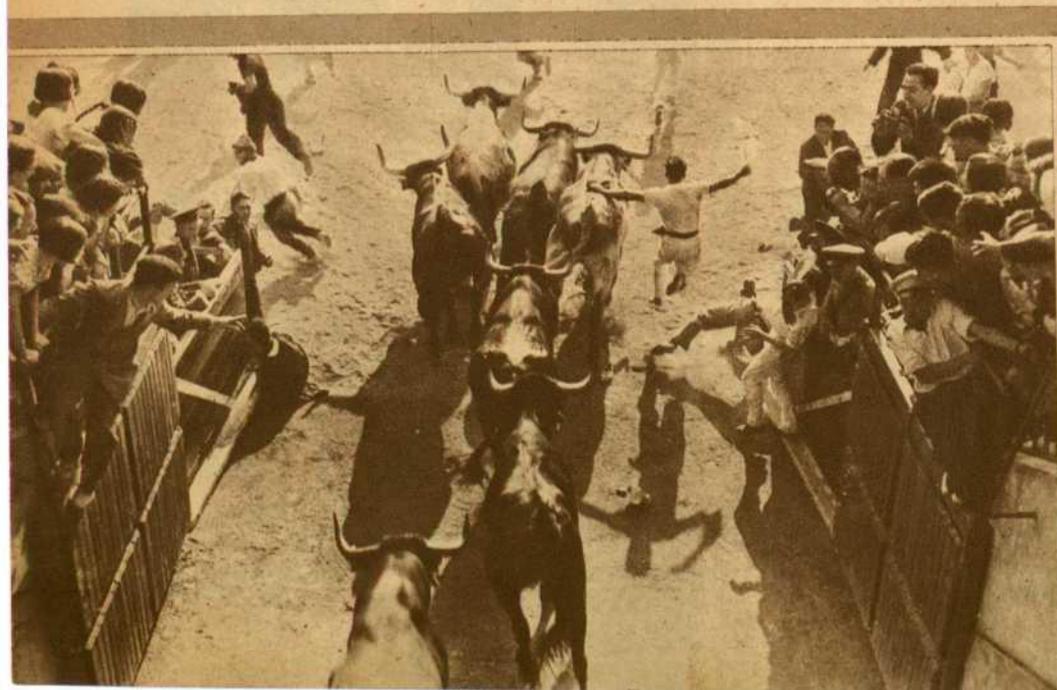
EN Pamplona, por la fiesta de su Patrono San Fermín, dos hombres corren delante de los toros. El lector dirá que hacen lo mismo los toreros. Es verdad; pero no siempre, porque a veces los toreros se paran delante de los toros, y cuando se paran demasiado y a todo trance, entristecen la Fiesta. Además, los hombres de la fiesta de San Fermín no corren por lo mismo que los toreros: éstos suelen correr por obligación o por miedo, y los pamplonicos corren por afición y por alegría. Claro está que también por miedo; pero con un miedo alegre, que se parece muy poco al miedo triste. Por lo menos, corren por el placer de sentir una emoción y por la alegría de haber sentido miedo y de haberse curado de él. Diremos mejor si decimos que los pamplonicos no corren: bailan. Tras de bailar todo el día, solos o con las mozas, los brazos en alto, jaleando al cielo e invocando al Santo, bailan delante de los toros. Por exceso de vida danzan con la muerte.

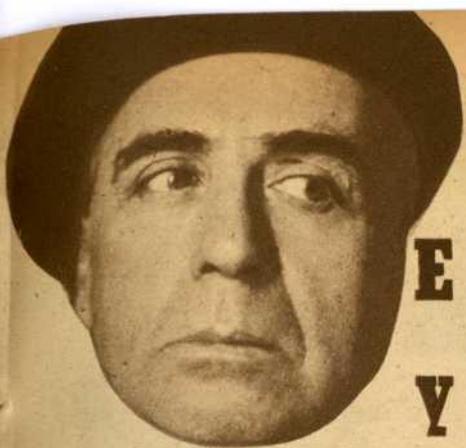
No es cosa de describir ahora la típica fiesta del encierro, y nos limitamos a evocarla. Por los días en que se preparan las corridas de toros en Pamplona, el ganado bravo, que pasta en los campos bajos de la ciudad, pone en el aire el grave preludio musical de la fiesta. Donde cantaron el mágico violín de Sarasate y la divina voz de Gayarre tiembla como un lejano y misterioso ulular de caracolas marinas la turba de la vacada. El día del encierro, a las cinco de la madrugada, suben los toros a la ciudad para ser conducidos a la plaza. Los mozos, que les aguardaren en veía toda la noche, llenos de vino, que alegra el corazón del hombre, se disponen a presidir el astado cortejo. Los toros corren camino del circo por entre las talanqueras que cierran las bocacalles de la ciudad,

y los hombres van delante danzando y saltando. Al desordenado tropel abigarrado, envuelto en la luz recién nacida bajo las ardientes pupilas curiosas, que miran desde todos los balcones y ventanas con alegre susto, sigue el orden de la manada de toros bravos, que conducen y encauzan vaqueros y garrochistas; van delante los cabestros, los bueyes mansos, gastadores del absurdo ejército bestial, rompiendo suavemente y sin daño la humana trincherá huidiza. Son bueyes muy viejos, que fueron muchas veces, en muchos años, guías camineros de ese mismo recorrido, y saben interponerse, oportunos y benéficos, entre el hombre audaz y el fiero bruto que le va a los alcances, y encunan al hombre y lo acunan sobre la testuz sabia entre las astas enormes, abiertas y romas, para salvarlos de las astas furiosas, buidas e hirientes. Por ellos tan sólo no hay desgracias graves en el tropel; algún danzante que tropieza y cae, algún fugitivo que pierde la carrera y siente sobre su cuerpo el magullamiento leve de unas pesuñas fugaces; nada más. A todos ha salvado el buey prudente, que tras de haberse dormido en los prados de pie, quieto y sombrío, adquiere en la calle una actividad sagaz, civilizada y urbana, y se torna enemigo del toro y amigo

del hombre, y le hace el quite al hombre. El tropel llega a las puertas de la plaza y entra en el circo abriéndose en abanico, para ceñirse a la valla en busca de barreras y burladeros, y la tropa cornúpeta queda encerrada en el centro. Después es conducida a los corrales y se da suelta de una en una a las vaquillas emboladas para que las toreen los mozos. ¡Ah, pero las vaquillas saben torear mejor que ellos! Llegan a los burladeros antes que el hombre; los aguardan a la entrada de su propio refugio; le van disipando, a testarazos que no son nunca cruentos, la resaca de las libaciones nocturnas y le van aplacando el ímpetu para que pueda asistir relativamente tranquilo a la corrida formal de la tarde. Relativamente tranquilos, porque todavía danzarán, alzados al azul los brazos airoso y trenzando los pies sobre las gradas de los tendidos.

La pintoresca fiesta taurómaca de las calles de Pamplona en el día de San Fermín es propia de la región donde se criaron en un tiempo, y de cuya casta provienen todavía, los toros más bravos de España, que vale decir los toros más bravos del mundo. Aquellos de Zaldueño, de Carriquiri, de Alaiza. Toros chicos, ténganlo presente los aficionados que piden elefantes; toros chicos, pero nerviosos, codiciosos, prontos, intorables casi de puro bravos; toros enemigos de la "estatua", que le enseñaron al hombre a correr y al torero una parte, que no es la menos principal, de su arte; porque el arte de torear consiste en pararse ante los toros, pero también en saber moverse ante ellos con gracia y con alegría. Los pamplonicos corren delante de los toros en la fiesta de San Fermín. Los "exterres" del gran manicomio vasconavarro danzan entre un bosque fugitivo de cuernos.





EL ARTE y los TOREROS de DANIEL VAZQUEZ DIAZ

Por Mariano S. de Palacios



(de Vázquez Díaz)
"Currito Reyes"

HENOS aquí frente a Daniel Vázquez Díaz. En la tarde que muere lenta y cansinamente tostada por el sol, la silueta del maestro se dibuja en el acristalado ventanal de su estudio como incrustada en los grises brumosos y en las sombras que pone la pincelada naturalista y melancólica del crepúsculo.

Descansa la paleta de su diaria tarea y los colores—gama multicolor del arco iris—parece que tienen en esta tarde pegajosa y cálida, sensual, indolente y laxa, como un brillo que los hace de esmalte. Verde veronés, azul Prusia, amarillo rojo, rojo sangre, siena tostado... Y junto a la paleta, los pinceles, viejas plumas con que escribe el pensamiento pictórico.

Cuadros, muchos cuadros y apuntes decoran las paredes y otros descansan indolentemente, como posados en los caballetes por su propia ingravidez. Retratos de hombres y mujeres de ayer, de hoy y que serán de todos los tiempos. Blancos y grises, sonrosados tibios, en esta pintura de gamas tenues, como empalidecidas, de Vázquez Díaz. Y entre la suavidad de tonos del retrato, discutido ayer, discutido hoy y discutido siempre—permítaseme esta insistencia en la repetición del juego

de palabras—, la obra pictórica con un estilo indiscutible, con una escuela y una tendencia marcadamente innovadora y revolucionaria rompiendo con los métodos clasicistas y académicos de todos los tiempos, aun de aquel período romántico que en la pintura no hizo sino trasladar la plástica a la natural visión de los hombres y las cosas, iniciando, ¡ay!, una acusada decadencia pictórica.

Han pasado años, muchos años, y aun se discute y encuentra detractores la obra genial de Theotocópuli, el Greco. Y henos aquí que cuando queremos estudiar al pintor de la obra mural de La Rábida, del retrato con planos, al de los grises y de los colores claros carentes a la visión cromática; cuando queremos analizar la obra del artista de las formas espaciales y a la vez esquemáticas, nos encontramos con este otro pintor que juega con los colores, con la luz de los tonos y con la luminosidad del ambiente en un malabarismo técnico, concienzudo y meditado, porque en su espíritu vernáculo, inquieto y aventurero—es onubense—, en sus ojos que se abrieron a la luz frente al mar atlántico en que se iniciaron las grandes rutas conquistadoras y oceánicas, habían cuajado ya en lento conocimiento las luces irisadas por la refracción en la superficie inquieta y deslumbrante de las aguas marinas. Los verdes, los azules, los rojos de fuego de un sol que se oculta egador en el ocaso... Y así, frente a estos lienzos de toreros, geniales en su concepción, en la corporeidad nativa, en el movimiento vital y en la emoción que se puso en ellos, descubrimos a un Vázquez Díaz nuevo, distinto e igual a la vez. Y lo que parece paradójico y estar en contrasentido, no es sino que el artista, en la técnica, en la manera de ver las cosas y en el aliento creador que le inspira, deja que su espíritu fluctúe entre el hombre que capta la luz de los espacios sin límite, del paisaje andaluz tostado a fuego lento o entre las sombras y grises que hicieron nacer el retrato al calor de la intimidad densa y la vez sedativa del recatado y silente estudio, que tiene como una emoción claustal, de cenobita, en el espíritu emocional y delicadamente sensitivo del artista.

Y en este ir y venir, en este viaje de ida y vuelta de Goya a los contemporáneos y de los contemporáneos a Goya, en este retrotraerse al ayer para comentar el hoy, descubrimos que el pintor genial—genial una y mil veces—de Fuendetodos dejó con su tauromaquia un maravilloso camino a seguir por el que caminaron y caminan muchos de nuestros más preclaros artistas. Y así, en esa línea zigzagueante que marca como una curva gráfica de temperaturas las altas y bajas del valor pictórico taurómico, nos encontramos que de Goya y Lucas pasamos, en un salto mortal del tiempo, en que se jugaron tantas vidas, al impresionismo de un Perea, que da paso a este otro impresionismo colorístico de Vázquez Díaz, de Zuloaga, Solana y ese juego de luz y movimientos a lo Sorolla del arte auténticamente taurófilo de Roberto Domingo.

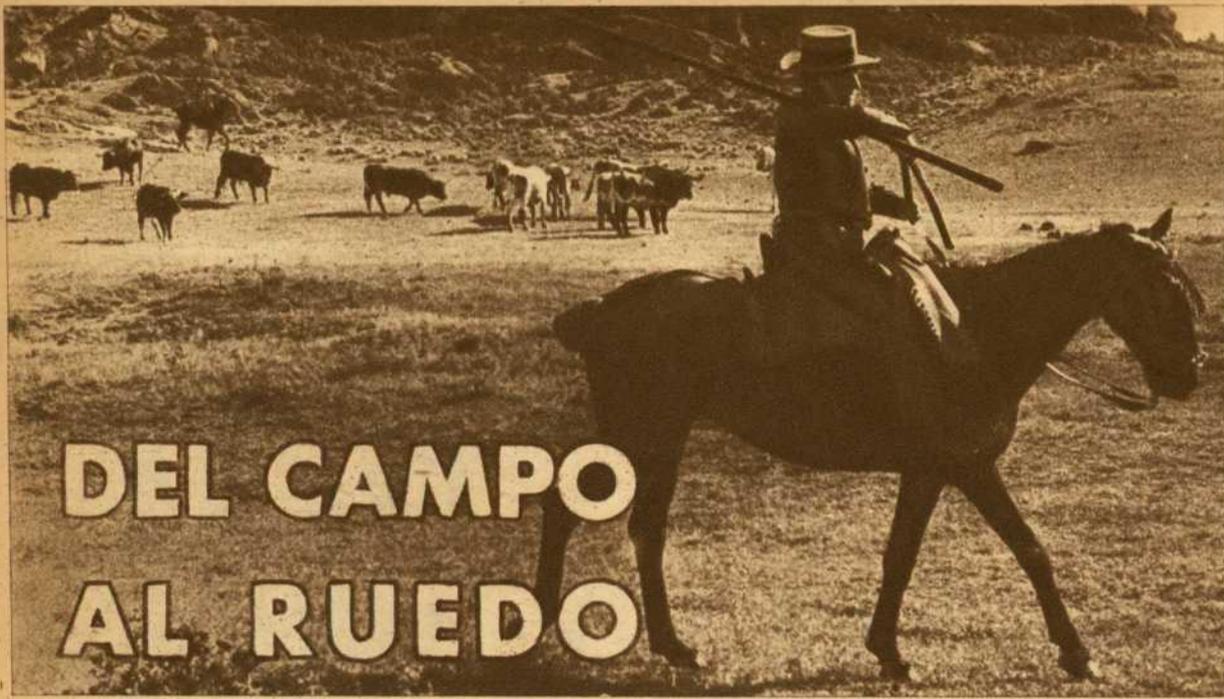
Pero aquí estamos, ¿analizando?, comentando más bien con rapidez y una limitación que exige en sus acoplamientos la Prensa, toda esta labor que Vázquez Díaz—es andaluz y tiene que llevar en sus venas la afición torera—ha dedicado a perpetuar en el lienzo aquellas grandes figuras y momentos surgidos para y del toro. Y desde aquel «Torero muerto» que realizó en 1911 y «Los ídolos» del año siguiente, que tan resonante éxito obtuvo en el Salón de París y que fué la consagración de Vázquez Díaz, cuadro hoy propiedad del excelentísimo señor ministro del Japón, señor Suma, pasando por «Torero gitano» (en el Museo de Arte Moderno de París), «El picador» (en el Museo de Niza), «El novillero» (propiedad del artista) y «Currito Reyes» (Museo de Nueva York) a «El banderillero Perdigón», «Las cuadrillas de Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini», éxito enorme en Alemania, y «Torero en rojo» y «La época de Reverte», en que trabaja actualmente, y el de «Juan Centeno», que bosqueja, sin olvidar los apuntes a lápiz de Reverte, Lagartijo, Mazzantini y Frascuelo, Fortuna y Sánchez Mejías, Belmonte y el «Gallos», en todos y cada uno hay esa fuerza emocional y sugerente, el espíritu viril de raza que predomina en todo el toreo: hombres, fieras y suertes que se enlazan y funden en el arte más español y colorista de todos los tiempos desde Goya a hoy, como un reflejo en el arte de otro arte lleno de luz y de emociones plásticas y estéticas. Que en el remolino de un capote, en la luz centelleante de una taleguilla sobre la seda de vivos colores, en un gesto, en un ademán o en una pirueta de elástica acrobacia torera, existe un arte que puede ser trasunto fiel de la labor pictórica, o ésta, como sucede en este caso, conmutación de un arte lleno de luz que con la luz y el arte se funde y que al lienzo va a parar como al mar el agua de los ríos, por una ley de la Naturaleza en la que en ella nada se crea y nada se pierde, o lo que es lo mismo, que todo es igual y distinto en su faceta concepcionista y sólo cambia—eso sí, y ya es bastante—el espíritu, el aliento de arte que el creador humano sabe dar a su obra.

En las pinturas toreras de Vázquez Díaz alienta un espíritu, una emoción, que allá lejos, muy lejos, sintieron un día en su fiebre y borrachera, de arte los grandes, los verdaderos maestros de la pintura.



Arriba: "Las cuadrillas de Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini".—Abajo: "Torero en rojo" (Cuadros de Vázquez Díaz)





DEL CAMPO AL RUEDO



El ganadero cambia impresiones con el mayoral

HACE pocos días, en estas mismas páginas de EL RUEDO, recogí de labios de un escrupuloso ganadero sus impresiones sobre la cría de toros de lidia y de todo cuanto con ella se relaciona. Don Antonio Pérez Tabernero me recibió en el *hall* de un suntuoso hotel madrileño. El atuendo del ganadero salmantino en nada denotaba su profesión. Por las líneas correctas del traje que vestía podía confundirsele con un representante diplomático o con cualquier acaudalado rentista. A nuestro lado pasaban y repasaban bellas y elegantísimas damas que expresaban sus conversaciones con acento de los más variados idiomas. Es posible que de haber sospechado que aquel caballero que conversaba conmigo era todo un ganadero de reses de lidia, se hubieran acercado para pedirle autógrafos, poniendo en los labios embadurnados de *trouges* la ineludible exclamación admirativa: «¡Oh, el *togueador!*»

Y, sin embargo, no ocurrió nada de esto. El ganadero y yo hablabamos incansablemente de toros sin que nadie turbara nuestra charla. No obstante, yo comprendía que el escenario no era propicio. Las palabras se perdían en el laberinto de columnatas, muelles butacones y arañas refulgentes de aquel *hall* del hotel cosmopolita y elegante, porque el auténtico ambiente de nuestro tema estaba en el campo abierto, bajo las encinas umbrosas, entre mayorales, garrochistas y vaqueros, y a la vera misma de esos bravios cornúpetas que si en los ruedos de las plazas de toros producen con frecuencia el pánico de algunos toreros, paciando en las dehesas dan pruebas de una apacibilidad desconcertante.

DE LA CIUDAD AL ENCERRADERO

La fortuna nos deparó ocasión para satisfacer ese deseo que sentíamos de vivir intensamente las horas que preceden al embarco de uno de los más interesantes museos taurinos de España, fueron mis aliados.

Me quejaba de mi mala suerte porque en todo Madrid no encontraba a un ganadero, cuando me dijo el conde:

—Pepe Escobar está aquí. Si usted quiere se lo presento. Mañana va al campo a apartar una corrida de toros suya que se lidiará en Pamplona el próximo día 7. ¿Le interesaría a usted presenciar esa faena?

—No solamente me interesa, sino que me encanta. A los aficionados a la fiesta taurina se les habla demasiado del torero y de sus hazañas. Se dice de Fulano o de Mengano que torea así o así; que pisa este terreno o el otro; pero apenas saben los espectadores de las faenas que en el campo hay que hacer con los toros desde que salen de la dehesa hasta el momento en que aparecen por la puerta de chiqueros de las plazas. Es necesario que los aficionados se fijen un poco más en las condiciones de las reses que se lidian para que puedan juzgar con mejor criterio la labor que realiza el torero. No se olvide que en el toro reside el fundamento del toreo, porque cada toro tiene una lidia distinta.

En estas divagaciones nos habíamos entretenido cuando llegó Escobar. Apenas cambiados los saludos de cortesía, yo comprendí que estaba frente a un ganadero que todo lo supeditaba a su afición por los toros. «Si usted quiere verlos en ese terreno que pocos aficionados conoce—me dijo—, a las seis de la mañana saldremos hacia el campo».

LA AFICION A NUESTRA FIESTA NO TIENE FRONTERAS

Todos puntuales, como si un presidente imaginario hubiera flameado su pañuelo blanco. En la fiesta de toros es donde únicamente se cumple el horario con absoluta rigurosidad.

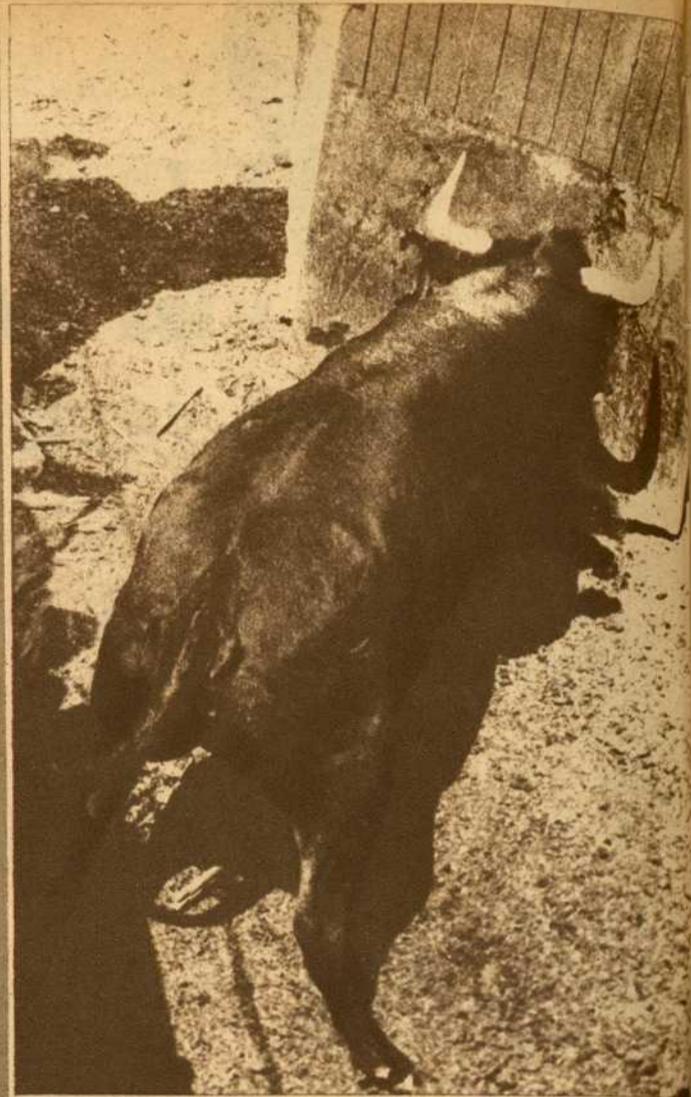
Allí, a la puerta del hotel donde se hospeda el ganadero, una gran dama, la señora del agregado naval de la Embajada de Inglaterra, Ivonne Gómez Beare, espera impaciente, sobre su magnífico coche tirado por veintisiete caballos mecánicos, el momento de la partida. Y Antonio Bellón, el gran periodista y aficionado ejemplar, como veremos en la próxima crónica de esta excursión, y Zarco, inquieto y consumado reportero gráfico...

Al cabo apareció el ganadero. Ancho sombrero cordobés, afiligranados zahones y botas enterizas con tintineantes espuelas. ¡Ahora sí que se *sientan* los toros!

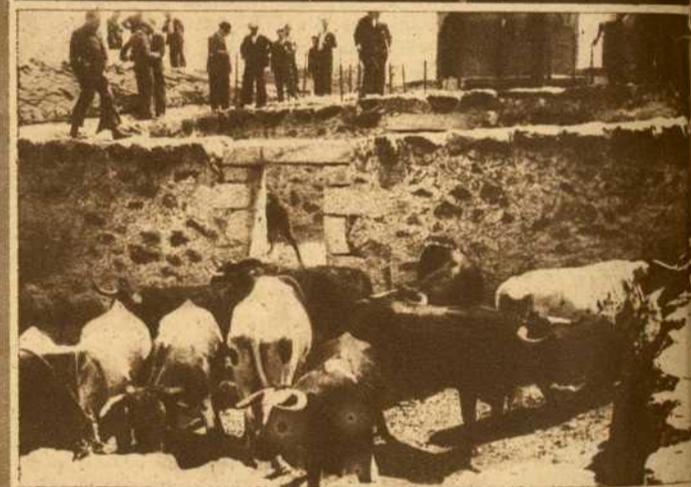
El automóvil espléndido iba abriendo con su velocidad el gris tristón de la mañana de junio. El nos trajo pronto una perspectiva interesante. La Sierra se había puesto su mejor montera de niebla para saludar nuestro paso, y allá abajo, al fondo de la cañada, comenzamos a distinguir unos pequeños puntos oscuros. Eran los toros en el cerrado.

Mientras el automóvil sigue rauda, aproximándose a la meta del viaje, nosotros preguntamos al ganadero:

—¿Es negocio tener una ganadería de reses bravas?



La rebeldía del toro en su soledad



Preparados para el encajonamiento



El paso por las corraletas



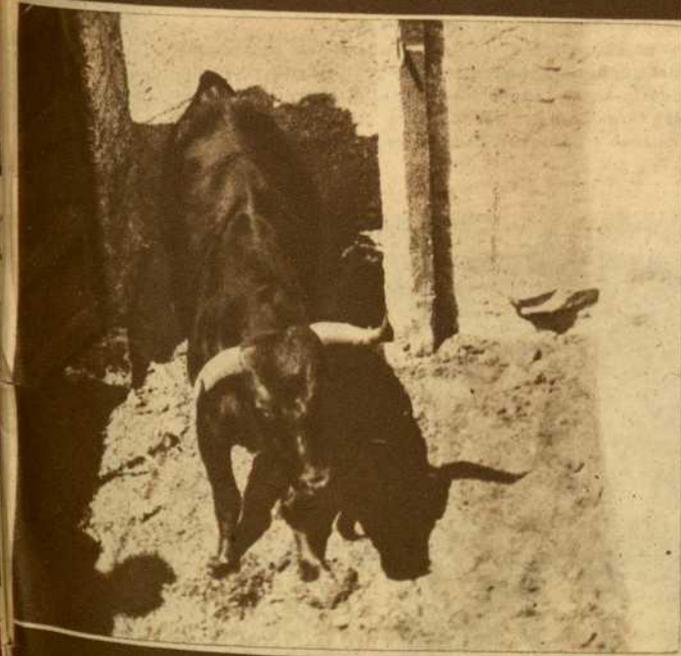
Los vaqueros aguardan la corrida



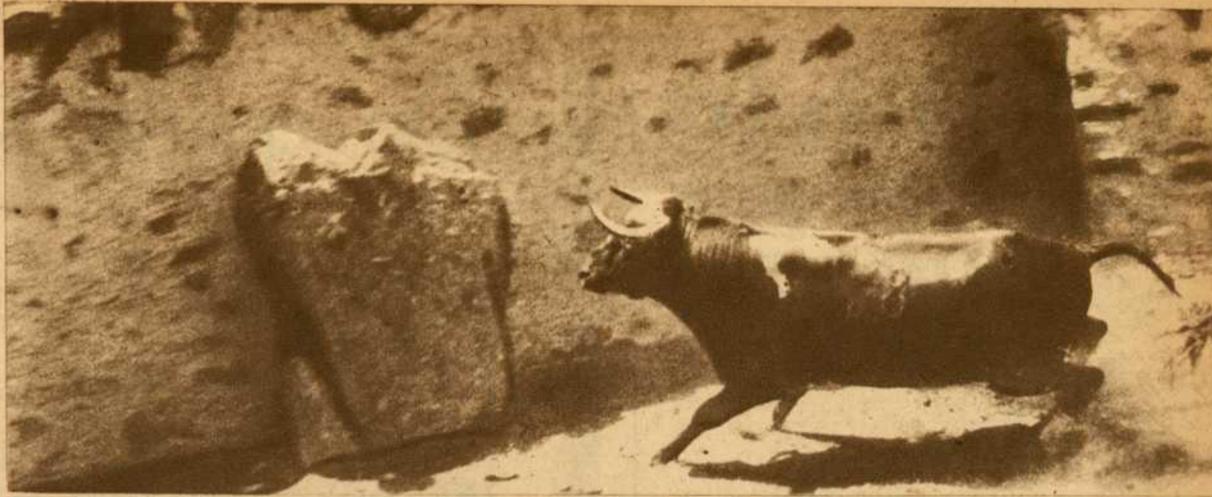
Momento emocionante de dar entrada al toro



El ganadero señor Escobar excita al toro con la garrocha para que pase a otro compartimiento



El toro bravo y su sombra



La actitud de este toro girón, que será lidiado en Pamplona, es poco tranquilizadora. (Fotos Zarco.)

Don José Escobar nos habla de las reses bravas, de los cuidados que exigen y de los desvelos que hay que prodigarles

—Hasta que no se venden treinta o cuarenta toros, se pierde dinero. A partir de esta cifra ya compensa el gasto que requiere una vacada.

—¿Por qué es usted ganadero?

—Por afición. Tengo esta ganadería como tengo caballos. Yo no he pensado nunca en el lucro. Si los toros que se lidian dan buen juego, lo demás viene solo.

—¿Cuántos años hace que es usted propietario de esta divisa que tantos éxitos tiene?

—Seis. Le compré a Graciliano Pérez Tabernero las reses que eran de su propiedad. Unas setecientas.

—¿Necesitan mucho cuidado los toros de lidia?

—Mucho. Eso, apenas lo sabe el público. Hay que cuidarlos con todo esmero, tanto, que las labores de selección las realizo yo personalmente con todo escrúpulo.

—¿Cuál cree usted que sería el toro ideal para la lidia?

—Aquel que compaginara el nervio con la bravura. Hay toros con mucho nervio que no son bravos, y sin embargo, lo parecen. Equilibrar el nervio con la bravura debe ser el ideal de todo ganadero que se estime.

—¿Qué considera usted como buen lidiador?

—Considero como buen lidiador a todo torero que sepa acoplar su toreo a las condiciones del toro que tenga delante.

Aquellos puntos oscuros que vimos en la lejanía se han agrandado. Nos cierra el paso una barda de piedra colmenareña. Estamos en el cerrado.

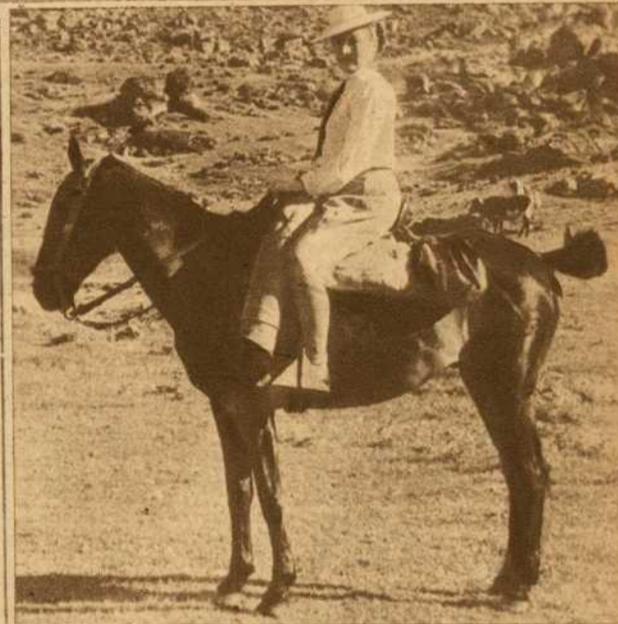
Valerosamente, la primera que se adentra en este peligroso círculo es lady Gómez Beare. Es la afición en esbelta figura de mujer. Su nacionalidad no le impide sentir un singular entusiasmo por estas faenas taurinas tan nuestras. Requiere su caballo porque el apartado espera.

A la puerta del encerradero el mayoral y los garrochistas, cuatro hijos suyos con planta de torero, sombrero en mano, aguardan las órdenes del amo para remover al ganado que se ha de embarcar hacia Pamplona. El ganadero también requiere su cabalgadura y, garrocha en ristre, galopa hacia el peligro.

Los toros, al ver al jinete, levantan indiferentes la negra testuz.

Es tan interesante la faena, tan arriesgada, que en realidad merece capítulo aparte. Hacemos, por tanto, punto final, para relatársela al lector en sucesivas crónicas, porque al aficionado, cuando le preguntáis, nunca os responderá «que va a los toreros», sino «a los toros».

MIGUEL RODENAS



La gentil señora de Gómez Beare, a caballo, para acompañar a los toros al embarcadero



Momento de echar la trampilla al toro



Diálogo de las palmas y los pitos

Por ALERCE

«Ovación rabiosa, y pitos también rabiosos.»

(De los periódicos. Acreditación a una faena, en corrida recientemente celebrada.)



En definitiva, palmas y pitos. O, más sencillamente, división de opiniones. ¡Bah, nada nuevo!

Pero el corresponsal ha dado novedad o, por mejor decir—ya que no hay nada nuevo bajo el sol de las Plazas de Toros—, significado de vieja pasión a los encontrados pareceres, y he dicho: rabiosos.

Y he aquí cómo una misma faena hace rabiar por manera distinta: a

unos, de entusiasmo; a otros—y aquí la rabia es más explicable—, de iracundo disgusto.

Suponemos por igual sinceros con su guto a unos y a otros: a los que pitaban rabiosamente; a los que, rabiosamente también, batían palmas. Pues esto tiene más importancia de la que, como episodio, significa. El corresponsal informativo de la Agencia que transmitió la noticia, sin exponer el propio juicio, reflejó los ajenos, contrapuestos en forma iracunda. ¿Cómo fué la faena? Ni el fondo técnico ni la forma espectacular en que se produjera importaba aquí. El torero, en su proyección industrial, sin la que no puede vivir, ha de realizarse para las multitudes, y el arte escueto, frío, técnico, ha de tener la servidumbre onerosa del peligro que emociona; precisamente porque las reglas se infringen, o del jugueteo que hace burlas de las reglas dichas. Es decir, que el torero que conozca a fondo su oficio, si quiere gustar, ha de estar siempre haciendo concesiones a la emoción trágica o la plástica. Y ya en este plan de servidumbre, en que todos, grandes y chicos, se han desenvuelto en tanto han vestido de torero, lo que a unos place desplace a otros. Véase, pues, cómo en la necesaria industrialización de la fiesta será tenido por el mejor quien más profundamente conmueva las pasiones hasta hacerlas explotar rabiosamente.

—¿Pero era buena la faena?—preguntará el curioso lector.

—¡Ah, no lo sabemos! Ni aunque la hubiéramos presenciado podríamos decirlo sin que nos replicaran airada, vehementemente, quizá rabiosamente. En los toros—y esta es su máxima grandeza y su singularidad entre todas las artes—nada puede repetirse ni ensayarse. Un mismo modelo y un idéntico paisaje pueden tener distintas interpretaciones que quedan fijas y ofrecidas para la comparación estemática de los lienzos; un mismo parlamento puede ser repetido mil veces, y la frase ciega, impregnada por el talento y sensibilidad del actor; una misma aria, cantada mil veces también, y, sobre el texto musical o literario, comparar el talento del artista que pasa en tanto el texto clásico permanece. El torero es lo vario, cambiante y vital. Como pasó el toro una vez, ya no volverá a pasar otra. Dijo y due. lo trágico no repite sus momentos. El "¡cómo estuvo!" admirativo es un visto y no visto cómo está, o cómo están torero y toro en unos instantes que se van en el torbellino de la lidia, que ni siquiera las cámaras fotográficas pueden recoger.

—¡Pero las reglas son eternas!—se nos objetará. Pepe Hillo, Paquiro... ¡La tauromaquia!

—Pues ni aun eso. Ni aun la tauromaquia. Las tauromaquias, mejor diríamos, porque hay tantas como toreros pueden encerrar en preceptos ni cánones lo que es vivo y cambiante, lo que tiene como fondo las reacciones instintivas de una fiera.

—Así, pues...

—Palmas y pitos. Opiniones. Pasión. Y, cuando leamos rabiosos, rabiosos, no repararemos en el encuentro airado de las opiniones en el círculo en que gustan encerrarse cerrando a una fiera y a un hombre, y no quedemos, sin saber a qué atenernos, preguntando por una verdad que nunca sabremos. ¡Las cosas!... Palmas y pitos. Con rabia.

¿De quién son los toros?

Por JOSE CARLOS de LUNA



EXISTE una Asociación General de Ganaderos del Reino, tataranieta por línea de varón del Honrado Concejo de la Mesta, y a sus beneficios, más o menos eficientes, se acogen los criadores y recriadores de animales. Pero en España, ganaderos son por antonomasia los que marcan toros bravos con hierro propio y los enmoñan con los colores de su divisa, timbres tan orgullosamente ostentados y mantenidos antaño como los del blasón de la familia.

¿Os acordáis de la Asociación de Ganaderos de Reses Bravas? Sonaba aquello a Orden de Caballería, y nos figurábamos a sus *profesos* juntos en Capitulo en derredor de una gran mesa de roble y herrajes floridos, bajo el artesonado de taracea en anchuroso salón colgado de tapices, en cuyo friso, de yesería mudéjar, alternaban los escudos nobiliarios con los simbolismos de las marcas, ¡tantas veces blasones en esquema!, porque los toros heráldicos de gules o de sable saltaron de los cuarteles de oro y sinople para vivir y rebudiar, retintos o berrendos, en esos otros cuarteles que son los cerrados en las dehesas señoriales, verdes de trébol y avenas locas, o de oro cuando el sol agostizo, calmoso y encendido, pega fuego a la campiña reseca como yesca de estezado.

Presidir la Asociación de Ganaderos de Reses Bravas casi equivalía, en requilorios de empaque, a la tenencia como Hermano Mayor de una Real Maestranza. Y las faenas en las dehesas tenían su rito y su maestro de ceremonias: el conecedor, que echaba el hierro de abolengo al becerrote y le prendía la moña en el morriño en el último minuto de responsabilidad; el que precedía a la emancipación del toro, cinco o seis años tenido y mantenido entre mimos y zozobras.

La ganadería, porque era lujosa tradición, participaba indefectiblemente del rumbo y del honroso puntillito de su dueño.

Si se aventaba un toro, y trasponía las lindes del solar, su dueño tenía derecho a comprarle al vecino las vacas beneficiadas en la aventura, y éste la obligación de vendérselas o apuntillarlas, mediante el pago de justa indemnización. A tales extremos se llegaba en la sentada jurisprudencia, impidiendo sorpresas y bastardías.

La ganadería brava no podía ser negocio... ¡ni tuvo por qué serlo! Como no lo son las cuadras de carreras, ni las rehaldas de perros de casta, ni las traillas de galgos, ¡ni los perdigones a reclamo! Lujazos y lujillos a los que no se les tomaba el pulso en los libros de la administración señorial ni en las libretas del cortijero acomodado.

El orden era perfecto y de él se beneficiaba el folklorismo y la fiesta nacional, hasta que un clamor de rencillejas—no nos atrevemos a calificarlo de envidias y ambiciones—, a extramuros del feudo, se alzó en polvareda.

¿Que por qué era la Asociación un coto cerrado? ¡Mire usted qué pregunta! ¡Para que hubiera caza mayor entre sus lindes!

Dejó de serlo, y media España ganadera se convirtió en cotillo de conejos. Y mientras en aquéllos se terciaba la bandolera de guarda el Amor Propio, que tenía excelencia, como el amo, en éstos vela por el aparente prestigio cualquier *Frasquito* que en contadísimas ocasiones si acaso llega a *señor Curro*.

—¡Qué duros son los toros de don Fulano!—comentaban los toreros arrugando el entrecejo.

—¡Mañana, toros de don Fulano! Difíciles de pelear—se decían los aficionados guiñando un ojo.

Y don Fulano cuidaba la dureza de sus toros como don precioso que los avaloraba.

Y don Zutano acrecia el ponderado nervio de los suyos.

Y el marqués dilataba sus posesiones manteniendo los aguaderos a incómoda distancia de los cerrados para que el forzoso ajeteo de las caminatas conservara aquel guante que caracterizaba a los de su divisa.

Y los del conde eran ágiles como ardillas; y los tales tiraban sesenta tarascadas por minuto, porque los cuellos parecen de goma; y los cuales son bravos y reservones como jabatos en montanera... En fin: que en cada ganadería, ufana de sus cualidades específicas, se cuidaban hasta los defectos en alarde de orgullosa independencia.

De aquí que el torero no podía improvisarse; tenía que hacerse. Si ahora les basta aprender en el «Juanito»—qué «Juanitos» son los toretes—, antes era cada toro el tomo distinto de una enciclopedia, y con razón se llamaba doctorarse a tomar la alternativa; a la que, por regla general, no se llegaba sino cuando entre los ramalillos de la coleta se trenzaba alguna que otra hebra de plata.

—¿Qué cartel para el domingo?

—Toros colmenareños de don Fulano de Tal y Cual para Perengano y «Menganito». Y la *afición* discutía en derredor de la mesa con tablero de mármol, entre tintineos de cucharillas y vaharadas de café y tabaco habano, las posibilidades de Perengano y «Menganito» ante las condiciones de las reses de don Fulano de Tal y Cual, vecino de Colmenar Viejo.

—¿Qué cartel para el martes?

—Andresito, Torcuatito y Sebastianito. ¡Todos conocen sus apellidos.

Si un inexperto pregunta de quién son los toros, el estupor se pintará en las caras de los contertulios; y quizá uno, *muy flamenco*, que bebe una copa de manzanilla pálida y avergonzada entre la policromía de brebajes exóticos, conteste: Ah, sí! Los toros... me parece que son de algo así como Pérez o González, un ganadero nuevo de Colmenar o de Andalucía... Espérate, que me parece que es de Salamanca."

La inconsciente displicencia de este aficionado al uso es el justísimo castigo que, cuando menos, merece el ganadero de los toros de cualquier mañana martes, del que ignoramos por qué se gastó el dinero en una punta de ganado de postín y abolengo si había de acomodarla luego angustiosamente al patrón recortado con tijeritas de costura, al abrigo de la mesa camilla, en esas largas noches del invierno, cuando el apoderado de la *afición*—que también lo es de los toreros—no tiene otra cosa en qué pensar si no es en facilitar las combinaciones para el beneficio exclusivo de sus ingresos.





GENIO Y FIGURA

Del CHICO DE CRETAS a don NICANOR VILLALTA

SIN temor a incurrir en fácil hipérbole, se puede sentar la afirmación de que con Nicanor Villalta se abrió un dilatado ciclo en el

toreo, abroquelado por las más puras virtudes de una fiesta compendio y símbolo de la raza.

A esta fiesta aportó el torero baturro su voluntad, su tesón, su hombría y un pundonor y una vergüenza que siempre en tauromaquia constituyeron básicas y definitivas verdades.

Cuando Nicanor aparecía en los ruedos, los espectadores sabían de antemano que, embistieran o no los astallos, el torero derrocharía con prodigalidad su indomable decisión de vencer.

Y surgían las ceñidas verónicas, con las que un día sorprendió a la afición madrileña, y su muleteo personalísimo con aquellos trágicos "parones", en los que el torero y la fiera formaban un solo trazo, y aquel silencio de la multitud, contenida por idéntica emoción al ver al diestro liar baja la muleta, avanzarla hasta el hocico de la res, cruzarla en la acometida, y con la vista en el morrillo, poner el corazón en la hoja del estoque...

Aquel perfil, aquel embroque y aquella salida por el costillar no han sido mejorados desde que su autor por última vez enfundara el acero el 17 de octubre del pasado año. Con él perdía el arte de liar estocadas al mejor paladín de los últimos tiempos.

Acabó que una de estas tardes llegué al confortable hogar de Nicanor con ánimo de departir breves instantes, sin tener en cuenta que veinte años de vida profesional constituyen inagotables fuentes de añoranzas, multiplicadas en fertilidad al pasar por el crisol del comentario.

A mi primera pregunta, Villalta, con su franca espontaneidad, respondió en estos términos:

—Dos personas intervinieron decisivamente en mi iniciación taurina: mi padre, con su ejemplo, y Nicanor Villa, Villita —mi padrino—, con su consejo y reiterada protección.

—¿Ejerció su padre durante muchos años las arriesgadas tareas?

—Durante unos doce o catorce; empezó forjándose en las capeas de la región aragonesa con su inseparable amigo Villita; de banderillero ascendió a matador de novillos; en 1907 marchamos a Méjico en busca de mejor fortuna, y al año siguiente resultaba cogido gravemente en la Plaza del Toreo, y este hecho motivó su retirada de los ruedos.

—Por lo visto vino usted a España con el aprendizaje realizado.

—¡Qué más hubiera querido yo! Al desembarcar fuimos a Zaragoza, y el autor de mis días expuso a mi padrino—que por entonces era empresario de aquella Plaza—mis pretensiones de que me incluyera en el cartel de la primera novillada. Villita, con aquella socarronería que tenía, se me quedó mirando largo rato, y dirigiéndose a mi padre, dijo: "Pero ¡tu chico, con ese "esmirriado" cuerpo que tiene!, ¿quiere ser torero? Mucho tundo que lo consiga". Y tales fueron sus dudas, que después de estar fijados los carteles con mi inclusión, quería excluirme ante su temor al fracaso. Los "Charlots zaragozanos" lidiaron cuatro toros y después soltaron otros dos de mayor respeto —de Carreros—para que demostrara mis decantadas aptitudes.

—¿Y cómo le recibieron sus paisanos?

—Según me tenía pronosticado el Villa: con más broma y "chungueo" que a los del toreo cómico; el primero me dió una regular paliza al entrar a matar, pero me negué a ingresar en la enfermería, y en el segundo hice el poste con la muleta, lo maté de una estocada y me dieron la primera oreja. La gente salió diciendo que "era un chalaio y un suicida".

—¿Qué actuación destacada le abrió las puertas del doctorado?

—Sin duda alguna, la tarde del 2 de mayo de 1922, fecha en que corté la primera de las 52 orejas concedidas por la afición madrileña, a cuyo cariño y estímulo nunca podré corresponder cumplidamente. Mi primer toro desorejado en Madrid se llamaba Mexicano y pertenecía a la vacada del duque de Tovar. El 6 de agosto del citado año, Luis Freg me cedía el primer toro, que, como los siete restantes, pertenecía a la ganadería de Bueno; aquel día intervinieron también Marcel y Pablo Lalanda.

—¿Cuándo la confirmó?

—El 21 de septiembre, acompañado de Fortuna y Emilio Méndez.

—¿A qué compañeros dió usted la alternativa?



Un gran pase natural de Nicanor Villalta en su espléndida época de matador de toros

—Recuerdo, entre otros, a los malogrados Gavira y Pascual Márquez, a Domingo Ortega, Pepe Bienvenida, Morenito de Zaragoza, Chaves, Esteban Salazar, José Pastor, Paco Casado, Noain, Domingo Domínguez y a los mejicanos Solórzano y Liceaga.

—¿Ante qué público le agradaba más torear?

—En Madrid, cuyo ambiente me era familiar. Once años seguidos toreé la corrida de Beneficencia. Recuerdo que la de un año por poco no lá podemos concluir. Mis tres compañeros: Ortega, Manolo Bienvenida y Maravillas hubieron de pasar a la enfermería, por cuyos percances tuve que despachar cuatro toros.

—¿Cómo llegó a alcanzar tal perfección en la suerte suprema?

—Verá usted; yo empecé matando muy mal, e incluso tengo que confesarle que algunas veces recurrí al consabido golleteo para desembarazarme de los bichos. Esta deficiencia me tenía descorazonado. Un día, don Manuel Retana me dijo "que ya era hora de que

aprendiera a matar". Como le replicara que ése era mi mayor deseo, añadió: "Pues la solución no es tan difícil. Dale al toro "medio pecho", perfílate mejor de frente que de costado, y que tu decisión haga el resto". Me fui aquel invierno a Salamanca, lo estuve practicando sin descanso y acabé por conseguir lo que tanto ambicionaba.

—¿Se conforma fácilmente ahora al pasivo menester de espectador?

Esta vez es la esposa de Nicanor la que se anticipa a darme la respuesta: "Diga usted que experimenta el suplicio de Tántalo. Si surge un toro bravo, sufré por no ser él el encargado de lidiarlo. Si el toro saca malas intenciones, sufré también ante el temor del posible percance.

Y el pundonoroso Nicanor, como si le hubieran sorprendido en un desliz, desvió la mirada y se puso a hablarnos de la variabilidad del tiempo.

F. MENDO

TEMAS TAURINOS

EL ÚLTIMO PUYAZO

Por FELIPE SASSONE



COMO nadie contesta a la preguntita con que cerraba mi artículo anterior, y se habrán reído de ella los entendidos, diré yo que siento en el aire una contestación colectiva, entre burlasca e irritada, de un coro de picadores y de matadores de toros: —No, no se le pueden quitar a la puya las aristas con filo. Es en vano idear otra que fuera tan sólo un cono con punta. Porque esta puya heriría muy pocas veces, dada la violencia de la embestida del toro, y las veces que hiriera apenas si rompería la piel sin profundizar; no castigaría a la res, no la desangraría, no la ahormaría, y todo ello es indispensable para convertir al toro en «storeable». Para que el caballo dé el paso atrás, de que usted hablaba, y fuerza hacia la izquierda, y para despedir al toro por delante de la cincha de la cabalgadura, hace falta haberlo prendido con el puyazo, hacer el torniquete con la puya, cuyas aristas filosas al girar agrandan la herida y dejan penetrar el palo hasta la arandela. Sin la puya triangular bien vaciada no es posible picar con eficacia.

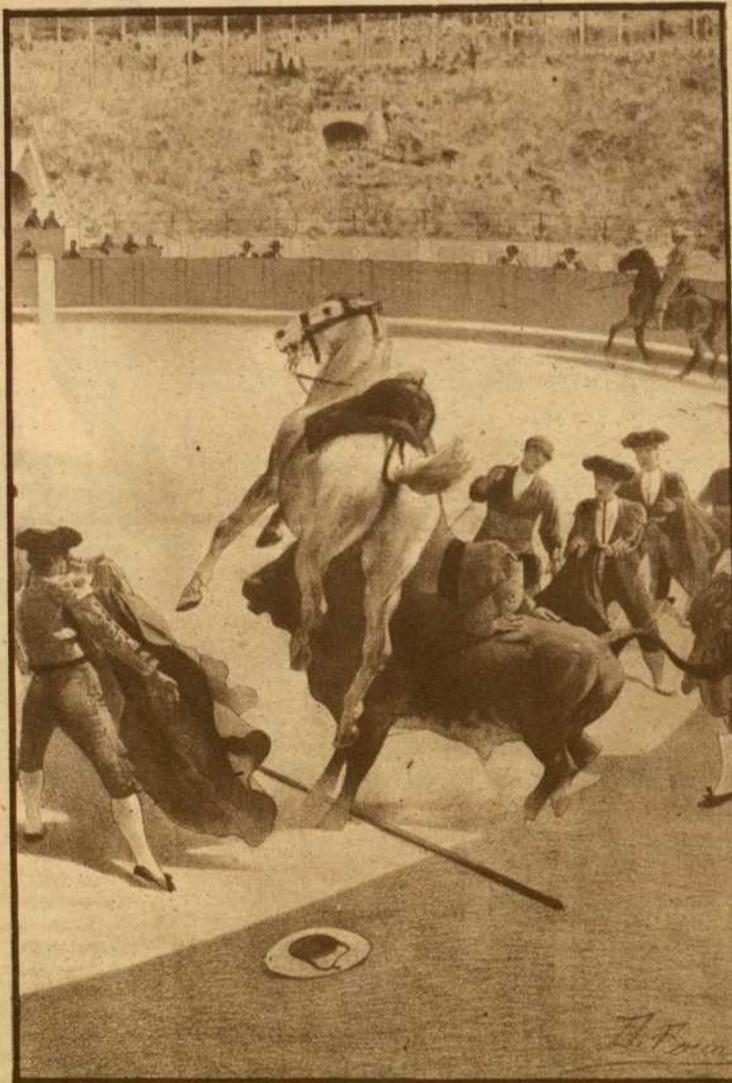
Por este lado, el mal, «que pudiera ser un bien», no tiene remedio. Pudiera ser un bien si se picase obedeciendo los verdaderos cánones de la suerte. Para ello haría falta suprimir los petos, porque sin éstos el picador no se atrevería a hacer lo que llaman la «carrioca». Mas como los petos ya no pueden suprimirse, que contra ello protestarían los espectadores sentimentales, amigos del caballo, que son los más, y mientras haya peto los toros no enganchan y el jaco puede pasar y cuartear para que el picador barrene a su gusto, todo viene a acabar en detrimento del toro y de la suerte de varas, que excede los fines para los cuales fué inventada. De todo esto resulta que al toro bravo y duro le pican de más, y al manso, al que importa salvar de la quema para que no lle-

gue al matador sin picar, lo marean, lo rinden o lo hacen de sentido llevándole y trayéndole con innumerables capotazos. Como, por otra parte, tampoco es posible ya quitarle a este primer cuarto de la lidia el atractivo de la competencia de quites entre los matadores de tanda—quites que la mayor parte de las veces no son tales, sino afán de torear por, torear y por mero adorno—, el mal de la suerte de varas no tiene cura por ninguna parte. Sólo tiene, hay que reconocerlo, alivio pasajero y momentáneo cuando el matador de turno sabe lidiar y «cuidar» de su toro. Todos los matadores debieran seguir ese ejemplo y no sólo atajar los desmanes de los varilargueros, sino mandar con fino a los peones y enseñarles a torear, para lo cual deben aprenderlo ellos antes, porque en el toro sólo se manda bien lo que bien se sabe.

La eficacia del toro de capa en lo que significa toro de verdad, esto es, lidia, está en la brega de todos los que intervienen en sus capotes. No es buen peón el que sólo sabe torear a dos manos, aunque en determinadas ocasiones sea de gran utilidad para el matador. No es buen peón tampoco ese torero fino que se limita a dar largas a la salida del toro, muy afroso y muy quieto, y cuando se excede en ello pone en mal trance a su jefe, si éste después al lancear no tiene la misma finura y la misma quietud. La eficacia de la brega en los toros difíciles y duros puede carecer de belleza por la violencia, considerada la palabra en sus dos sentidos de rapidez y brusquedad, que hay que imprimir a un toro de defensa y castigo; pero en otras ocasiones puede tener también belleza cuando se tira del toro con suavidad, a una mano, para correrlo por derecho, o a dos manos, por delante, siempre en sentido recto y corriendo de espaldas, para llevarlo poco a poco, engriéndolo en el trapo, al sitio que se desee. El buen torero con la capa ha de procurar que el toro no tenga coyuntura o espacio por donde dudar entre embestir al capote o al cuerpo del lidiador. Ha de estar guarecido como detrás de una barrera, detrás de la capa, y no ha de moverse ni a un lado ni a otro antes de que el enemigo se haya embebido en el engaño, porque sólo entonces no podrá

ver el toro por qué lado se le ha ido el lidiador. Cuando lo ve, cuando se da cuenta de por dónde se le escapa, aprende y se hace de sentido. El buen peón de brega ha de estar atento a las condiciones de la cabeza del toro, a su tendencia a levantarla, derrotando alto, o a la de humillar metiéndose por debajo del engaño, y habrá de decidir si conviene dejar que el enemigo enganche el trapo, para que se desengaño y «rompa» a fuerza de hachazos y derrotes, o si, por el contrario, atendiendo a su docilidad, conviene no dejarle que acabe de llegar al capote. En pocas palabras, aparte la obligación de trasladar al enemigo de un sitio a otro, habrán de empeñarse en corregirle al toro la embestida, a enseñarle a embestir derecho, y en eso consiste el correr de tal suerte y el torear por delante a dos manos tirando del toro con suavidad, porque cuando el astado derrote hacia la izquierda y no encuentre bulto alguno, y cuando se echa del lado contrario y tampoco encuentre qué cojer, acabará por embestir de frente siguiendo al que le torea por delante, y así llegará en condiciones más favorables a manos del matador. El toro de capa es de una importancia esencial en todos los momentos de la lidia, y es mal vicio el de los toreritos nuevos que en fiestas, capeas, encerraderos y fiestas de convite sólo se empeñan en adiestrarse con la muñeta, pensando que en verdad es lo más difícil de su oficio, pero olvidados del toro de capa, que no puede ni debe ignorar ningún matador para poder mandar con acierto a sus peones. Porque en esto, en que el matador de turno mande bien, está el único alivio posible para el desdichado primer cuarto de la lidia, que fué en otro tiempo primer tercio. Ni un puyazo de menos, ni un capotazo de más, y si en los puyazos, no siempre con acierto, manda el presidente de la corrida, en los capotazos manda el matador.

Yo pido perdón a mis lectores por la aridez de estas crónicas, en las que no cito nombres de toreros ni tojo ditirambos particulares y hablo de la fiesta en general, y como ya voy a dejar el primer cuarto, le prometo que habré de procurar ser menos pesado y más alegre cuando hable de la lidia, pero vistosa y bellísima suerte de banderillear. Ya me parece que han cambiado el tercio; es decir, que han cambiado el cuarto, y como el antiguo valor de la moneda de cobre que así se llamaba era el de cuatro maravedises de vellón, pronto gastaremos los tres céntimos de peseta que representa. Soy un taurófilo baratito en todos los sentidos.



“Bravura y poder.” (Dibujo clásico de Perea.)

TERTULIAS TORERAS DE SEVILLA

Por ENRIQUE VILA



SIN remon- darnos muy allá po- dríamos partir en el recuerdo de la romántica tertulia que un grupo de moza- betes solía ha- cer al pobre An- tonio Sánchez —el yerno de Cúchares— las mañanas de sol a la puerta del Perseo, del que «El Tato» era «conserje» — como del de Córdoba el padre de Guerrita—, desde que el «Peregrino» de don Vicente Martínez inutilizó al torero — el más simpático de toda la Tauromanía— y sepultó al hombre en

una tristeza sin límites. ¡De la clima a la sima! Las horas soleadas y luminosas de aquellas tertulias eran para «El Tato» el único aliento de optimismo de su existencia miserable. Y podríamos seguir en la referencia por la que constituyó en su casa el señor Fernando «El Gallo» —«Universidad taurina» hubo quien la llamó—, con la asistencia regular de los más finos e inteligentes entusiastas de aquellos días, casi todos «lagartijistas» por más señas, que se empeñaban en discusiones de tanta gravedad como intrascendencia... Y más cerca de los días actuales, flotaron las tres o cuatro del café «El Burro», saturadas de patillas y calañeses y de «soleares» y de broncas. Ya en el XX, la de la Cervecería «Inglesa», donde los «Bombas» se reunían con la plana mayor del ejército de sus admiradores y algunos de los esforzados paladines del «galibismo» —rafaelismo—, cuando los sevillanos se empeñaron en que «Gallito III» había de ser rival de «Bombita II». Y la de la Cervecería «Oriental», que Fuentes inundó de toda la elegancia que había sabido acaparar en sus viajes a «París de Francia». Y la de «Los Caracoles», la taberna del señor Leandro Perla, que en gloria está. Y la de «El Nuevos», que presidía la indiscutible autoridad de «Don Criterio», que también está en gloria... Luego vinieron las tertulias de los toreros—el Club «Gallito», el Club Belmonte, etc.—, cuya disolución estumó para siempre la intención de Mejías de dotar al taurinismo sevillano del tono académico con que él lo veía todo en la fiesta y que está ahora tan en boga.

Sevilla, la cuna del torero como quien dice, no tiene ningún centro parecido siquiera a los que en Bilbao o Salamanca, por ejemplo, mantienen el prestigio social del espectáculo de las multitudes. Los viejos toreros que ahora son señores acaudalados—Emilio Bomba, «El Algabeño»—se refugian en la polifacética tertulia de Labradores, Belmonte, «El Gallo», los Pablo Romero, Villamarta, Luis Ramos, Carlos Núñez... contemplan desde su rincón de «Gayangos» el movimiento de mayor y menor cuantía que en torno de ellos se desenvuelve. Otro grupo de buenos taurinos ha encontrado en la «Casa de la Montaña» ambiente grato y propicio para sus charlas vespertinas. Y los discutidores irredentos, Manuel Baena y Domingo Ruiz, se acogen por la noche en el antiguo café «Royal», cuando todos los trenes y camiones del día se han llevado a Sevilla a labradores e intermedarios, que desde la mañana a la tarde convierten el local en lonja de contratación inexpugnable a cuanto no sea trigo, garbanzo, aceite o hilo sisal. Esta misma tertulia, la más taurina de Sevilla, prolonga a veces sus discusiones hasta el mostrador de «Los Tres Reyes», donde el recuerdo de los toreros de otros tiempos se entona siempre con la malagueña y el fandanguillo de los que ante el «chato» de manzanilla o el «cholo» de aguardiente esperan la apertura de la Bolsa del pescado: «El Barranco».

Las viejas tertulias de otros tiempos han sido sustituidas en su mayoría por grupos nómadas que llevan de un lado a otro la manía común a todos los viejos de todas las épocas de negar el valor de lo actual por el solo hecho de serlo.

LAS QUE SE QUEDAN REZANDO

Doña Concepción Garcés, madre de Pepe Luis Vázquez, tiene seis hijos más y es el prototipo de la "mujer de su casa"

No ha visto torear a ninguno de los que se arriesgan en los ruedos



CUANDO el matadero municipal de Sevilla estaba a la vera de la Puerta de la Carne, el señor Garcés era ya empleado en el mismo. Tenía una hija llamada Concepción, en la que había puesto los ojos y el pensamiento un muchacho que quería ser torero. Y toreó el muchacho en Sevilla. José Vázquez se anunciaba en los carteles con el alias de «chico de San Bernardo», que en tal barrio había nacido y vivía el torero en agraz. Una noche, en el ruedo sevillano, un novillo le dió una cornada grave. Allí terminó la historia taurina del «chico de San Bernardo», y entonces pensó el mozo que era preciso dar nuevo rumbo a su vida. Había aspirado a todo en el toreo por ofrecer a Concha un bienestar que no era fácil conseguir por otros medios. No podía ser. La cornada le alejaba de los ruedos, y desilusionado, habló con la muchacha. No sospechaba José Vázquez que la noticia de su definitiva retirada de los toros fuera una gratísima noticia para Concepción Garcés; pero tal fué.

Se había inaugurado el nuevo matadero sevillano, y José Vázquez ingresó allí como empleado y al poco casó con Concha Garcés. José fué nombrado capataz de nave y en su trabajo pasó muchos años sin más afán que el cumplimiento de su deber y sin otra preocupación que sacar adelante a sus hijos. Y esto pudo

ser porque a José Vázquez, que no tuvo suerte en el toreo, Dios le había concedido la gracia de casar con una mujer que si cuando mocita era la admiración de los muchachos por su belleza, ya casada podía ser espejo en el que se mirasen todas aquellas que pretendieran lograr el título de «mujeres de su casa». Siempre fué bueno para los suyos José Vázquez; pero la esposa no se dejó ganar en bondad por su marido y en laboriosidad por nadie. La historia de doña Concepción Garcés es la historia sencilla de la mujer que sabe lo que es sacrificarse por los suyos, que ha renunciado a todo por sus hijos y que no pone límite a su bondad porque cree que el bien no tiene frontera.

Dios bendijo su hogar y le dió siete hijos. Pepe Luis, que tiene veintidós años, es el mayor; Rafael, matador de novillos que quiere llegar muy lejos, diecisiete; Manolo, que ha terminado el quinto curso del Bachillerato, ha toreado hace poco en el tentadero de Pérez de la Concha y dicen de él, matadores de toros que le vieron actuar, que ha de ser una figura excepcional, ha cumplido catorce; Consuelito tiene trece años y estudia como Antonio, que ha cumplido once; Juanito es un chico muy guapo de seis años, pero parece que la palma de la belleza en la familia va a ser para Carmelita, chiquilla de tres años, que es la que cierra la lista.

Doña Concepción Garcés no es vieja, ni mucho menos. Ha cumplido cuarenta y dos años. Está contenta de su suerte. En el hotel que la familia compró en la calle número 17 del barrio de Nervión, conocido por el nombre de «Villa Concepción», habitan el matrimonio, los hijos y los abuelos paternos. En otro hotelito, adquirido también por la familia de Pepe Luis, viven los padres de doña Concepción con dos hermanos solteros.

Una familia muy numerosa la de Pepe Luis. La madre del torero sigue la norma de trabajo que se trazó cuando sus medios de vida no eran para la familia los mismos que ahora. Nada queda a merced de la iniciativa de la servidumbre. Ella hace que todo en su casa se lleve ordenadamente; ella se preocupa de que nada falte a sus hijos mayores y pone todo su cariño materno en el cuidado de sus chicos pequeños, que a nadie encomienda.

Cuando sus hijos toorean, hace lo que todas las madres de toreros en tales circunstancias: rezar, rezar y rezar.

Nunca ha visto torear a ninguno de sus hijos y, en verdad, no sabe lo que es una corrida seria. A lo sumo, ha presenciado algún espectáculo taurino; nunca corrida en la que sea posible un percance serio.



Doña Concepción Garcés, vista en Madrid, con motivo del último percance de su hijo José Luis, la sorprende el fotógrafo cuando ponía en orden la maleta de viaje del popular torero de San Bernardo



Pepe Luis con su madre. Ningún otro mejor consuelo para llevar con resignación y pacientemente el tratamiento médico que su compañía. (Fotos Manzano.)

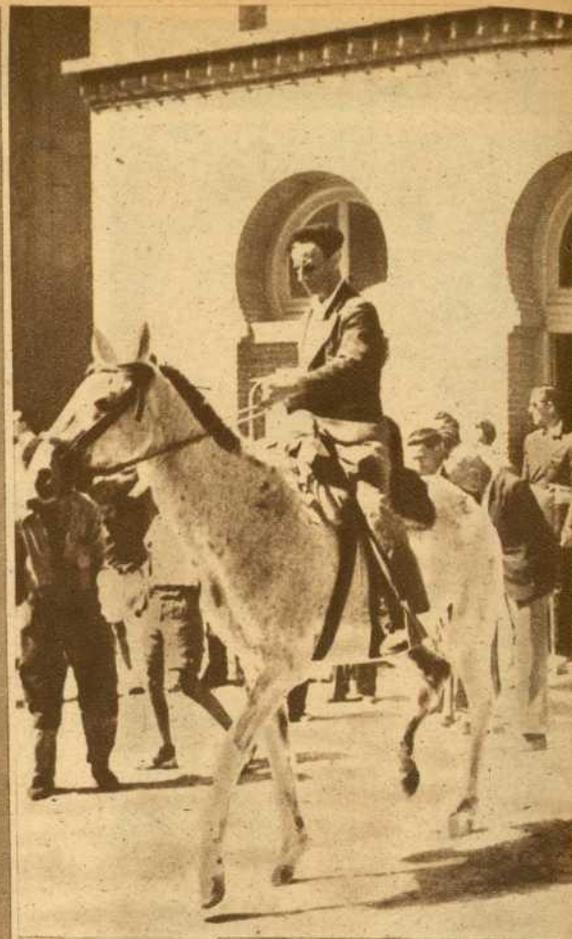
«Villa Concepción» es un edificio muy capaz, con un jardín agradable, garaje, cuadra y las dependencias precisas. Allí vive la familia Vázquez. Cerca, en el mismo barrio, tiene una casita, adquirida gracias a la ayuda de Pepe Luis, Manuel Flores, el mozo de espadas del sevillano. Doña Concepción Garcés se mueve en el círculo que forman su familia y los afectos más sentidos. No le preguntéis nada que no tenga relación con los suyos. Nada quiere saber de lo que su corazón no siente profundamente. Su familia y su casa son la suprema razón de sus días. Esta andaluza, madre de un matador de toros famoso, de un novillero que promete serlo y de cinco chiquillos más que son su preocupación y su orgullo, puede ser puesta como ejemplo cuando se quiera dar a entender lo que es «una mujer de su casa».

Ahora, tras las jornadas pasadas junto a la cabecera de Pepe Luis, ha tornado con el primogénito al hogar; allí, bajo el maternal influjo, restañará el torero de San Bernardo los efectos de su última cogida. Luego, de nuevo a los ruedos, mientras la madre, transida por la zozobra, espera las noticias del ser querido.—BARICO

ALREDEDOR DEL RUEDO



Basilio Barajas, el contratista de los caballos de la Plaza de Toros de Madrid, en su charla con nuestro colaborador. (Fotos Hermes.)



El popular Barajas sobre un caballo al que se dispone a preparar para la "suerte" de varas.

Los caballos de los Toros

Por J. HERNANDEZ-PETIT



ERGUIDO, preocupado tan sólo en lograr que la yegua blanca que monta camine hacia atrás, hacia adelante y a derecha e izquierda, Basilio Barajas, contratista de los caballos para la Plaza, nos saluda:

—En seguida termino.

E incitó a su cabalgadura hacia la pared, donde chocó con violencia "el pazo" para cerciorarse del poder de su cabalgadura. Poco después nos

tendió, afable y campechano, su mano derecha, en la que dos dedos angulosos, rígidos de nervio, nos hicieron pensar en las peripeyas del oficio.

—Usted le preguntamos—, ¿se ha dedicado siempre a este negocio?

—Primero fui monosabio.

—¿En qué año?

—Pues el último del siglo pasado.

—¿Se acuerda de quiénes fueron los matadores en aquella corrida?...

—¡No! La verdad, no.

—Siga, siga. ¿Y después de monosabio?...

—Fui rejoneador.

—¿Ya, por entonces, se cultivaba este género?

—Poco. Una vez al año; por ejemplo, en la de Beneficencia venían los caballeros portugueses. En mí se despertó la afición y durante algún tiempo fui rejoneador.

—¿Era productivo?... ¿Le dió a ganar mucho dinero?

—Figúrese. Por actuar en Barcelona me pagaban cuatrocientas pesetas y tenía que pagarme el viaje y la fonda...

—Comprendo que se retirara.

—No. Me retiró un toro. "Me echó" fuera el número y quedé inútil.

—¿Y ya se dedicó a trapichear en caballos?

—Sí; poco después.

—¿En qué consiste el negocio?

—Hay que comprar los caballos, enseñarlos, corregirles los defectos y querencias, cuidarlos, darles de comer...; ocuparse hasta de traer a los picadores —ahora en coche— los días de corrida, distribuir a los monosabios... Tener a punto los petos, las sillas...

—Creo que también son cosa suya los picadores de reserva.

—Así es.

—Y ¿a cómo sale usted en metálico?

—A mil doscientas cincuenta pesetas por toro. O sea a siete mil quinientas pesetas la corrida.

—Los caballos, ¿están caros?

—Carísimos. ¡De verdad! Están imposibles.

—¿Cuánto le ha costado el caballo más barato que haya comprado?

—Quince pesetas... ¡hace treinta y cinco años!

—Y ahora, ¿cuál es el precio corriente?

—Uno con otro, de dos mil quinientas a tres mil pesetas.

—¿Y en sus primeros tiempos?

—Para que valiera cuarenta duros ¡ya tenía que ser un caballo de verdad!

—¿Dónde los compra?

—En las ferias de Córdoba, Sevilla, Valladolid, León y en las de los pueblos cercanos a Madrid.

—¿Cuánto suele gastarse el año en caballos?

Saca Barajas un cuadernito y dice:

—Sin trampa ni cartón: vea lo que he girado este año a Curro Camará—el que fué banderillero de Machaquito—, por las compras para mí, en las ferias de Andalucía.

La suma ascendía a casi ochenta mil pesetas.

—¿Cuánto lleva gastado esta temporada?

—Mire—¡otra vez el cuadernito!—: ciento diez mil pesetas.

—Y ¿cómo le traen los caballos a Madrid?

—En tren. Por vagones.

—¿Cuántos caben en cada vagón?

—Cómodamente, ocho. Pero si aprieta la necesidad alguna vez, pueden venir hasta catorce.

—¿Y cuesta el viaje?

—Alrededor de setecientas pesetas, porque tiene que venir un hombre a su cuidado.

—Y dígame otra cosa. ¿Cuántos caballos solían morir antes por corrida sin petos?

—De nueve a nueve y medio al finalizar el año.

—¿Y ahora?

—De uno a dos por toro.

—Yo creo que exagera.

—Pues se equivoca. Porque nosotros contamos también los que mueren por enfermedad. Este invierno se me han muerto, de los que dejé a los labradores para las faenas del campo, dieciocho caballos. Esta mañana hemos tenido que dar la puntilla a otro.

—Dígame con sinceridad. ¿Es verdad que salen a la Plaza, de una corrida para otra, los heridos graves?

—Ya ve usted. Aquí hay—en las cuadras—cerca de cuarenta caballos. Ni tan sólo uno hay herido.

—¿La edad tendrá importancia en sus compras?

—Ninguna importancia. A mí tan sólo me preocupa la alzada: de 1,47 metros para arriba; la salud, la doma y la fuerza. Y, naturalmente—lo exige el reglamento—, que no tengan enfermedad contagiosa.

—¿Cuántas veces comen los caballos al día?

—Cuatro pienso. Y beben dos veces agua.

—¿Qué les da?

—Alfalfa, cebada, "salvao"...

—¿Comen igual los días de corrida?

—No. Sólo dos pienso: por la mañana y después de la corrida.

—¿Hay sus "cosillas" entre los picadores a causa de los caballos?

—Figúrese—el Aldeano sonríe—. Pero esto no importa para que al final de la corrida todos nos convidemos, tan contentos hasta otra.

—¿Qué le da más que hacer—insisto—, los picadores o los caballos?

Vuelve a sonreír el Aldeano.

—En vista de que esa pregunta se queda sin respuesta, ¿quiero contarle algo que le haya sucedido con los unos y con los otros?



Un descanso en la faena diaria del contratista. El colaborador lo aprovecha para reanudar el diálogo.

—Mire usted. Una vez, en el primer toro, nada más salir, entró un picador por otro caballo. Salió de nuevo, y también se lo mataron al instante. Lo mismo le sucedió con el tercero. Por eso, cuando vino por el cuarto, preguntando: "¿en qué monto?... yo le contesté: "Móntate en la pantera del Retiro... y di que es igual que le pongan o no peto".

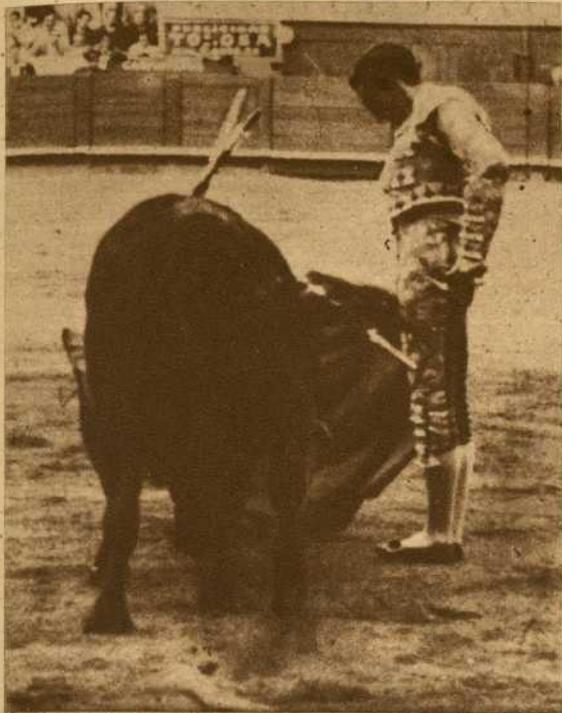
—Y "paquetes", ¿ha tenido que pasar?

—¡Hombre, sí! Uno que no se me olvidará mientras viva. Había ido a los altos del cementerio para encerrar unos toros. Era verano y noche sin luna. Oscurísima. No se veía un alma. De pronto, en medio del silencio, escuché una voz: "¡Barajas!"... Creí que me hablaba un muerto y me quedé de piedra. Resultó que eran los hijos del guarda. ¡Y como a uno le conoce tanta gente!... Pero el "cerote" que pasó fué de órdago.

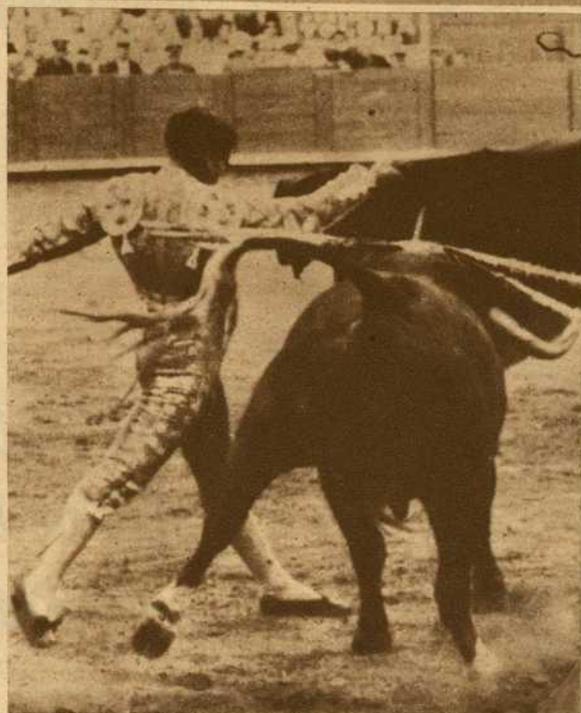
El martes, en Barcelona.

Seis toros de CHARRO

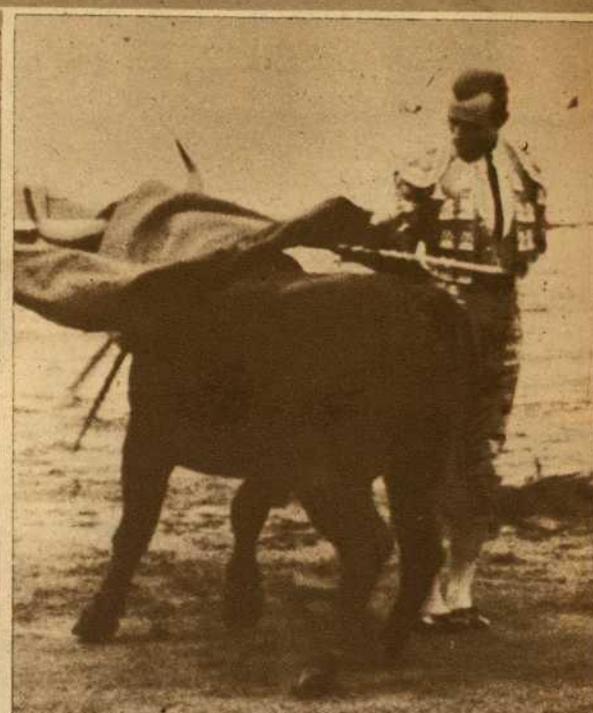
**DOMINGO ORTEGA
GITANILLO DE TRIANA
MANOLETE**



Manolete en un muletazo con la derecha a su primer toro



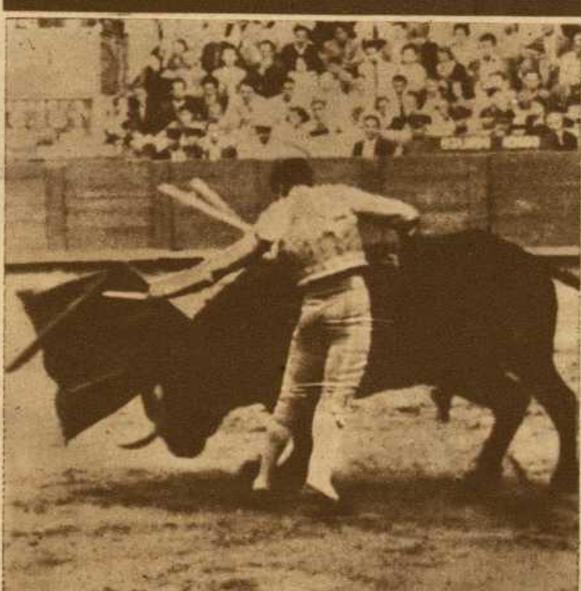
Gitanillo de Triana toreando por alto con la muleta



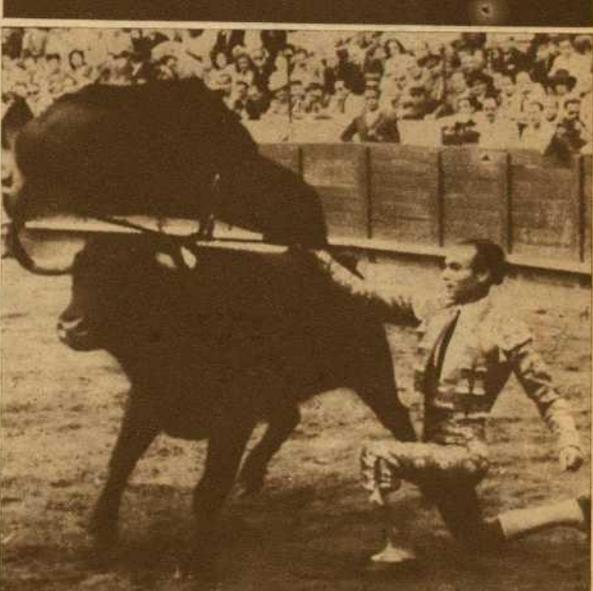
Domingo Ortega toreando de frente por detrás a su primero



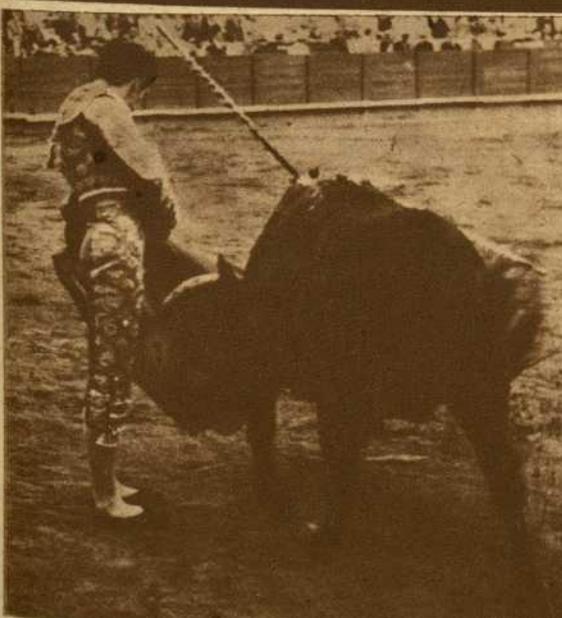
El torero cordobés ejecutando un natural con la izquierda



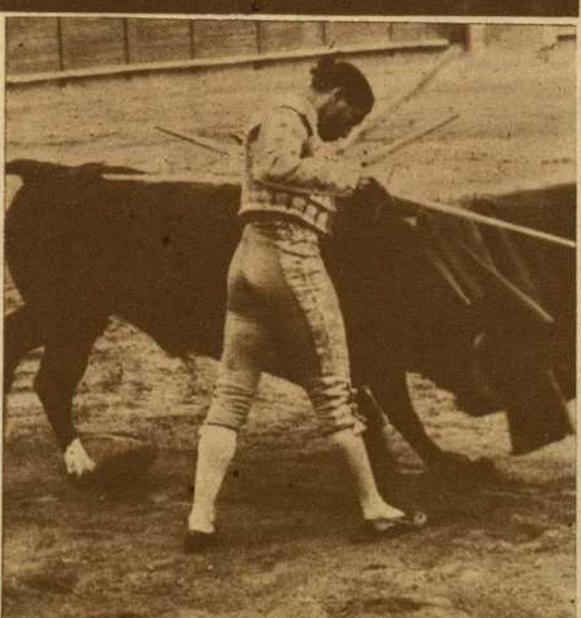
El torero de Triana inicia su faena con un pase por alto.



El torero de Borox, con la rodilla en tierra, da un pase por alto



Otro de los muletazos perfectos de Manolete en la corrida de Barcelona

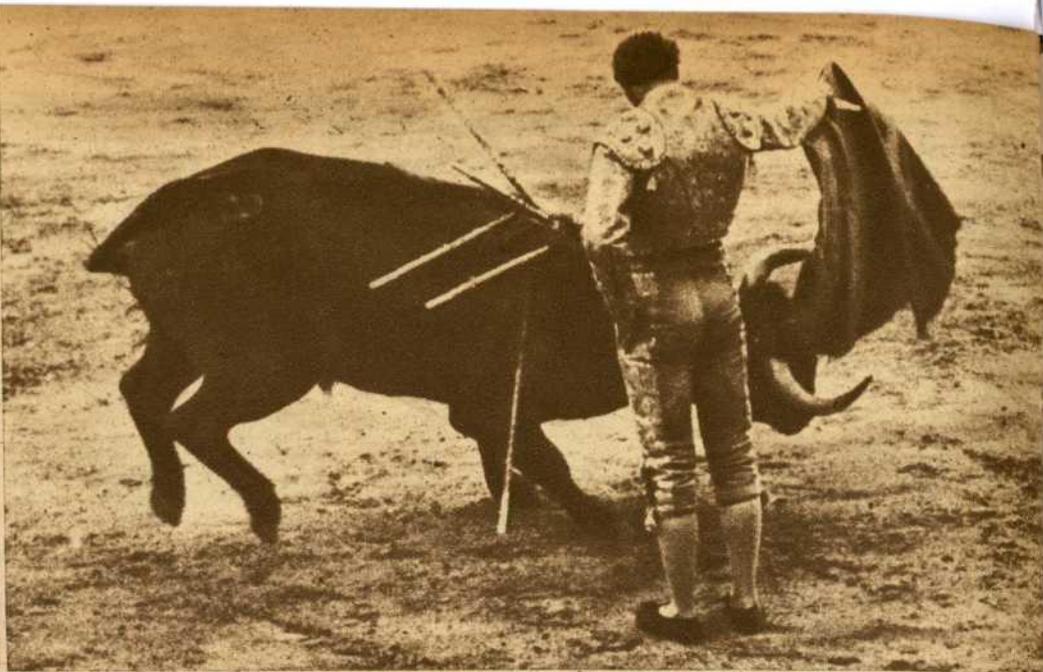


Gitanillo en otro de los momentos de su faena



Ortega se adorna con la capa al rematar un quite

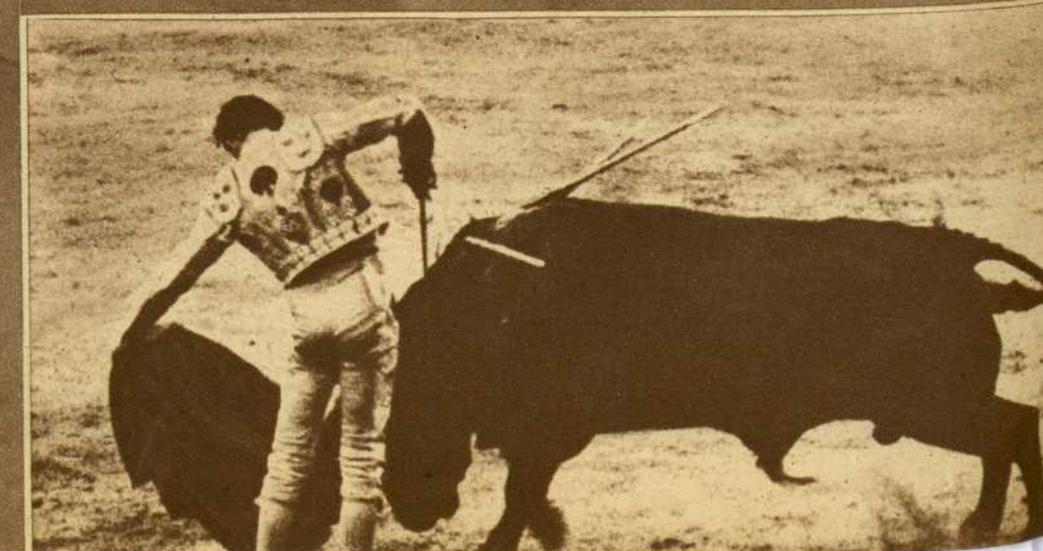
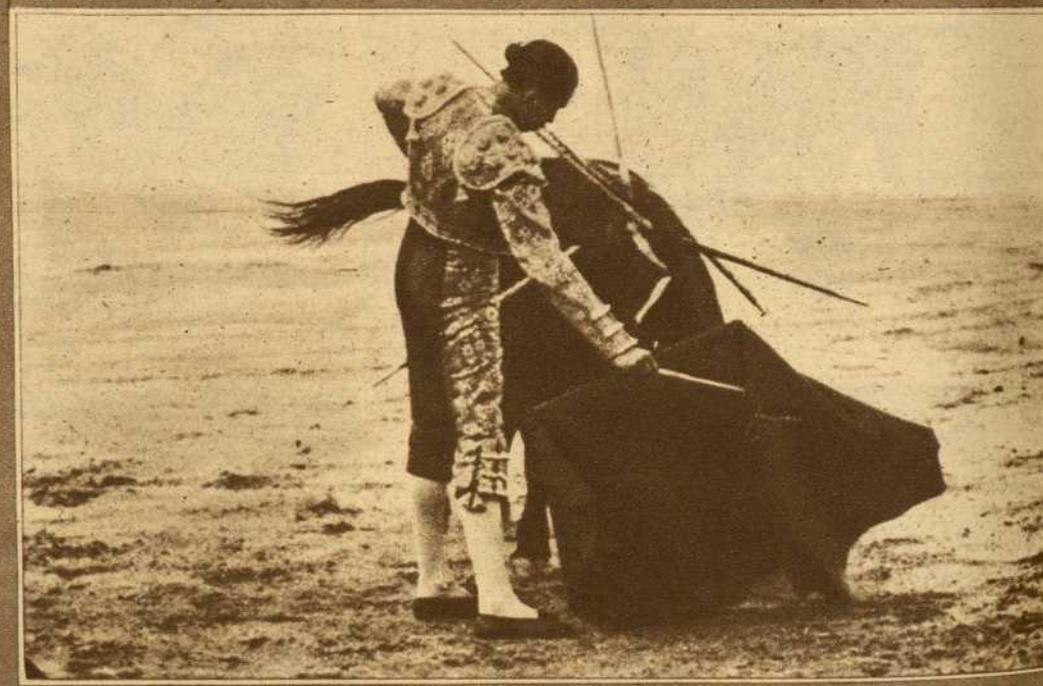
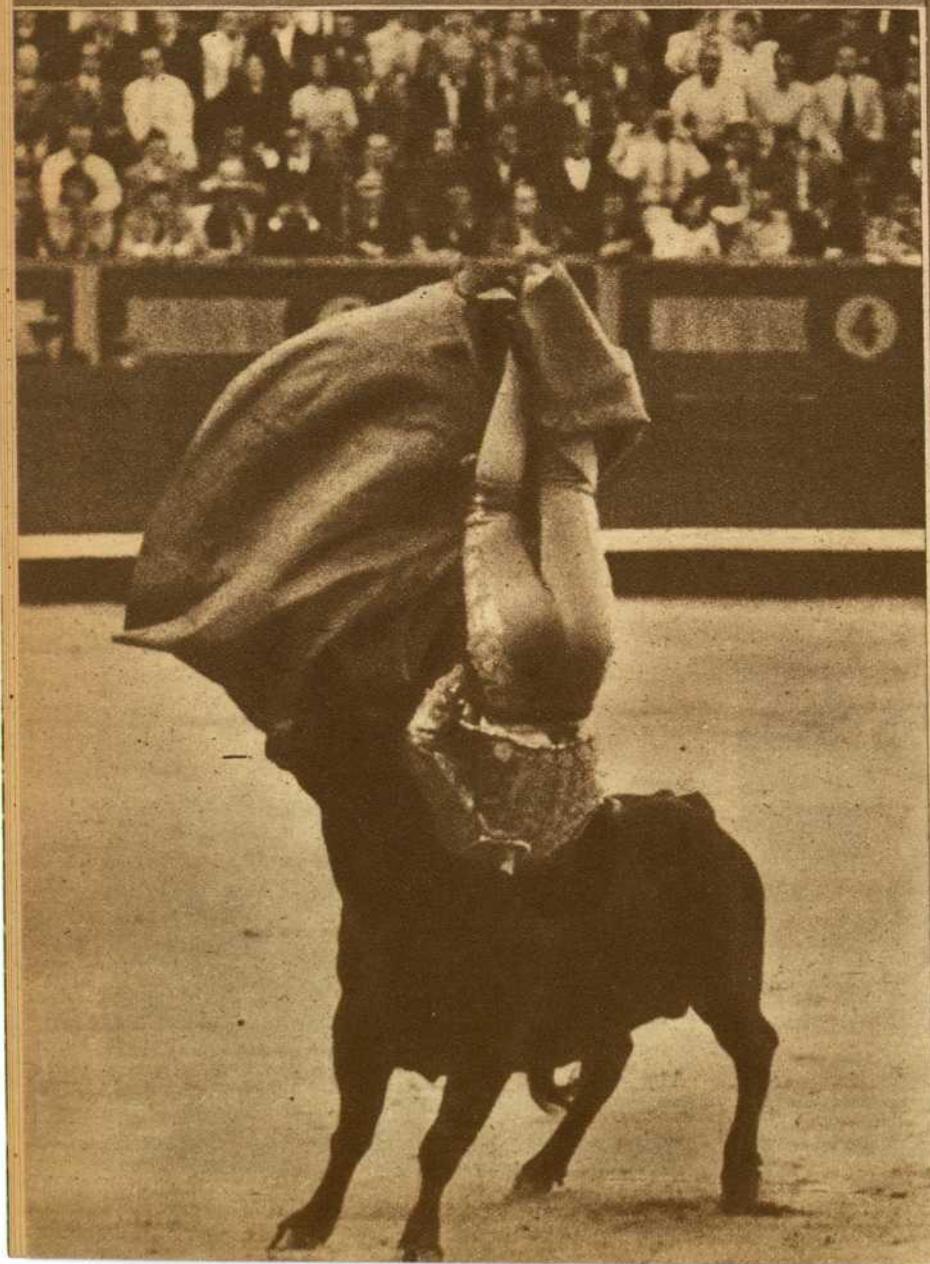
(Fotos Valls.)

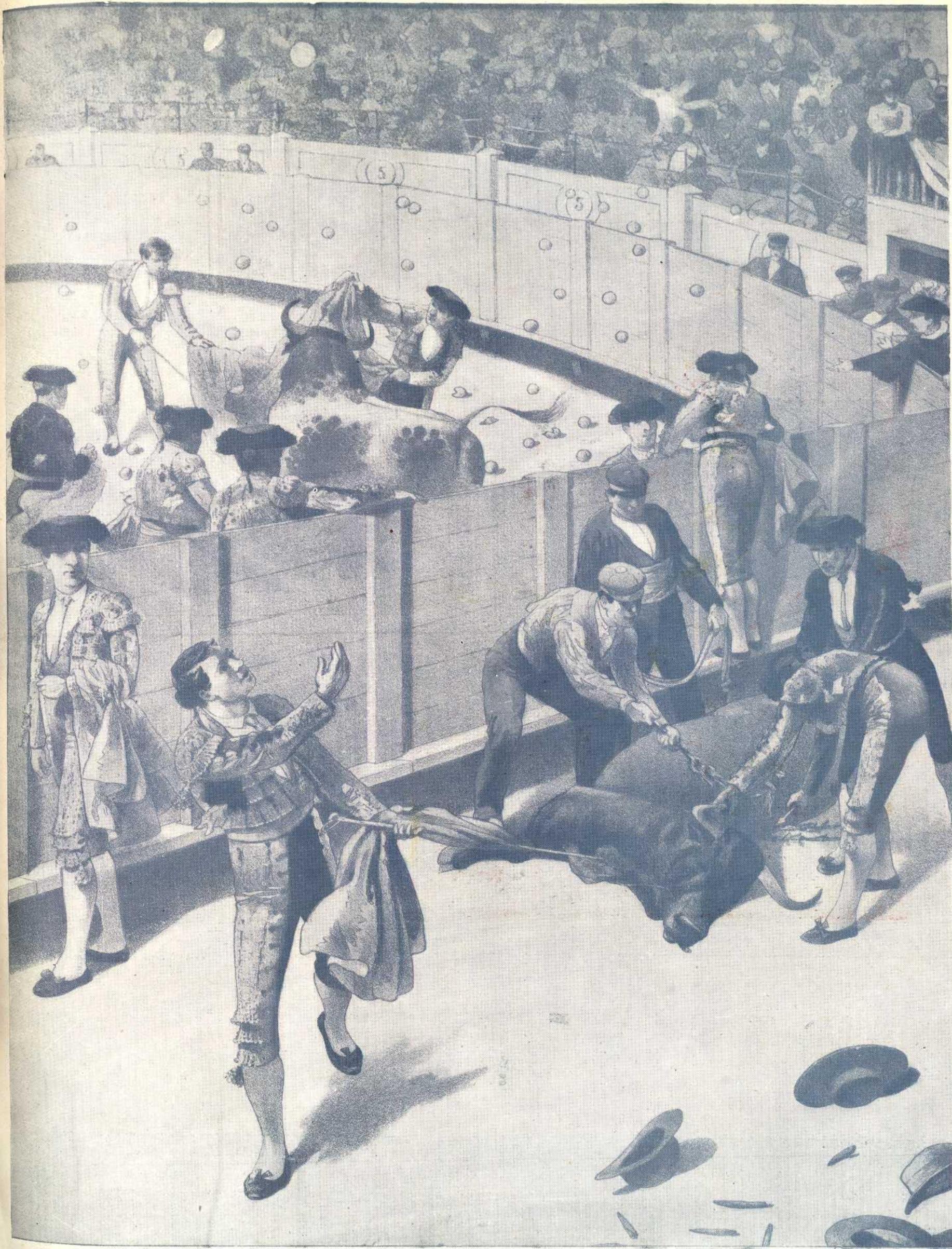


La corrida del jueves en Madrid

SEIS de Antonio Pérez Tabernero
DOMINGO DOMINGUIN
JUAN MARI
MANOLO ESCUDERO

Cinco momentos gráficos de la corrida del jueves en la Plaza de Madrid, en la que se lidiaron seis toros de Antonio Pérez Tabernero para Domingo Dominguín, Juan Mari y Manolo Escudero.—De izquierda a derecha y de abajo arriba: Escudero toreando de capa.—Primer momento de la cogida de Dominguín.—Este mismo diestro en un pas por alto.—Juan Mari Pérez Tabernero, toreando de muleta con la derecha.—Un natural de Manolo Escudero. (Fotos Baldomero.)





División de plaza
(Dibujo de Perea.)

Las Grandes Figuras



**ANTONIO
BIENVENIDA**
dice:

*El coñac Fundador
es para mí como
un toro de "bandera"
en una tarde de
compromiso*

Antonio Bienvenida

«El coñac «Fundador» es para mí como un toro de «bandera» en una tarde de compromiso.»

Antonio Bienvenida.

PARA CALIDAD

DOMECO